

Selección de cuentos

Hermanos Grimm



Selección de cuentos de los hermanos Grimm

Grimm, Jacob y Wilhelm Grimm

Traductor: wikisource.org

Cuento

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

CP. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

Selección y edición en versión digital: Equipo de la Fundación Carlos Slim Educación, pruebat.org

Texto adaptado desde el original (obra de Dominio Público).

Distribución gratuita.

Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Las tres hilanderas

Allá en aquellos tiempos había una joven muy perezosa que no quería hilar. Su madre se incomodaba mucho; pero no podía hacerla trabajar. Un día perdió la paciencia de manera que llegó a pegarle, y su hija se puso a llorar a gritos. En aquel momento pasaba por allí la Reina, y oyendo los sollozos, mandó detener su coche y entró en la casa preguntando a la madre por qué pegaba a su hija con tanta crueldad, que se oían en la calle los lamentos de la niña. La mujer, avergonzada, no quiso contarle de la pereza de su hija, y le dijo:

—No puedo hacerla que suelte el huso ni un solo instante, quiere estar hilando siempre, y yo soy tan pobre que no puedo darle el lino que necesita.

—Nada me gusta tanto como la rueca —le respondió la Reina—; el ruido del huso me encanta, dejadme llevar a vuestra hija a mi palacio, yo tengo lino suficiente e hilará todo lo que quiera. La madre consintió en ello con el mayor placer, y la Reina se llevó a la joven.

En cuanto llegaron a palacio la condujo a tres cuartos que estaban llenos de arriba abajo de un lino muy hermoso.

—Híleme todo ese lino —le dijo—, y cuando esté concluido, te casaré con mi hijo mayor. No te dé cuidado de que seas pobre; tu amor al trabajo es un dote suficiente.

La joven no contestó; pero se hallaba en su interior consternada, pues aunque hubiera trabajado trescientos años, sin dejarlo desde la mañana hasta la noche, no hubiera podido hilar aquellos enormes montones de estopa. Así que se quedó sola, echó a llorar, permaneció así tres días sin trabajar nada. Al tercero, vino a visitarla la Reina y se admiró de ver que no había hecho nada; pero la joven se excusó, alegando su disgusto por verse separada de su madre. La Reina aparentó quedar satisfecha con esta excusa, pero le dijo al marcharse:

—Bien, pero mañana es necesario empezar a trabajar.

Cuando se quedó sola la joven, no sabiendo qué hacerse, se puso a la ventana. Estando allí vio venir tres mujeres, la primera de las cuales tenía un pie muy ancho y muy largo, la segunda un labio inferior tan grande y caído que la pasaba y cubría por debajo de la barba, y la tercera el dedo pulgar muy largo y aplastado. Se colocaron delante de la ventana, dirigiendo sus miradas al interior del cuarto, y preguntaron a la joven qué quería. Refirioles su disgusto y ofrecieron ayudarla.

—Si nos prometes —le dijeron— convidarnos a tu boda, llamarnos primas tuyas, sin avergonzarte de nosotras, y sentarnos a tu mesa, haremos tu lino y concluiremos muy pronto.

—Con mucho gusto —les contestó—; entrad y comenzaréis en seguida.

Introdujo a estas tres extrañas mujeres e hizo un sitio en el primer cuarto para colocarlas, poniéndose en seguida a trabajar. La primera hilaba la estopa y hacía dar vueltas a la rueda; la segunda mojaba el hilo; la tercera lo torcía y lo apoyaba en la mesa con su pulgar y cada vez que pasaba el dedo echaba una madeja del hilo más fino. Siempre que entraba la Reina escondía la joven a sus hilanderas y le enseñaba lo que había hecho, llenándose la Reina de admiración. En cuanto estuvo vacío el primer cuarto pasaron al segundo y después al tercero, concluyendo en muy poco tiempo. Entonces se marcharon las tres jóvenes, diciendo:

—No olvides tu promesa, que no tendrás de qué arrepentirte.

Cuando la joven enseñó a la Reina las piezas vacías y el hilo hilado, se fijó el día de la boda. El Príncipe estaba admirado de tener una mujer tan hábil y trabajadora, y la amaba con ardor.

—Tengo tres primas —le dijo—, que me han hecho mucho bien, y a las que no quiero olvidar en mi felicidad; permitidme convidarlas a mi boda y sentarlas a nuestra mesa.

El Príncipe y la Reina no le pusieron ningún obstáculo. El día de la boda llegaron tres mujeres magníficamente ataviadas, y la novia les dijo:

—Bienvenidas seáis, queridas primas.

—¡Oh! —exclamó el Príncipe—, tienes unas parientas bien feas. Dirigiéndose después a la que tenía el pie ancho:

—¿De qué tienes ese pie tan grande? —le preguntó.

—De hacer dar vueltas a la rueda —le contestó—, de hacer dar vueltas a la rueda. A la segunda:

—¿De qué tienes ese labio tan caído?

—De haber mojado el hilo, de haber mojado el hilo. Y a la tercera:

—¿De qué tienes ese dedo tan largo?

—De haber torcido el hilo, de haber torcido el hilo.

El Príncipe, asustado al ver aquello, juró que desde allí en adelante no volvería su esposa a tocar la rueca, librándola así de esta odiosa ocupación.

Juan el fiel

Había una vez un rey muy viejo que cayó enfermo. Conociendo que iba a morir, hizo llamar al fiel Juan, que era al que más quería de sus criados, y le llamaban así porque había sido fiel a su amo toda su vida. En cuanto llegó le dijo el rey:

—Mi fiel Juan, conozco que se acerca mi fin: sólo me tiene con cuidado la suerte de mi hijo; es todavía muy joven, y no sabrá siempre dirigirse bien; no moriré tranquilo si no me prometes velar por él, enseñarle todo lo que debe saber, y ser para él un segundo padre.

—Os prometo —respondió Juan— no abandonarle, y servirle lealmente, aunque me cueste la vida.

—Entonces, ya puedo morir en paz —dijo el viejo rey—. Después de mi muerte le enseñarás todo el palacio, todas las cercanías, las salas, los subterráneos con las riquezas en ellos encerradas; pero no le dejes entrar en la última cámara de la galería grande, donde está el retrato de la princesa de la Cúpula de Oro, pues si ve este cuadro, experimentará hacia ella un amor tan increíble que le hará exponerse a los mayores peligros. Procura librarle de esto.

El fiel Juan repitió sus promesas, y tranquilo el viejo rey, inclinó su cabeza en la almohada y expiró.

En cuanto dejaron en la tumba al anciano rey, Juan refirió a su joven sucesor lo que había prometido a su padre en el lecho de muerte.

—Estoy dispuesto a cumplirlo —añadió—, y os seré fiel como lo he sido a vuestro padre, aunque me cueste la vida.

En cuanto pasó el tiempo del luto, dijo Juan al rey:

—Ya podéis conocer vuestra herencia. Voy a enseñaros el palacio de vuestro padre.

Le llevó por todo él, por lo alto y por lo bajo, y le enseñó todas las riquezas que llenaban las magníficas habitaciones, omitiendo sólo el cuarto en que estaba el peligroso retrato. Había sido colocado de tal manera que, en cuanto se abría la puerta, se le veía en seguida, y estaba tan bien hecho que parecía vivir y respirar y que nada en el mundo era tan hermoso ni tan amable. El joven rey vio desde luego que el fiel Juan pasaba siempre delante de esta puerta sin abrirla, y le preguntó el motivo.

—Es —respondió el otro— porque hay en el cuarto una cosa que os dará miedo.

—Ya he visto todo el palacio —dijo el rey—, quiero saber lo que hay aquí. Y quería abrir por fuerza.

El fiel Juan le contuvo diciéndole:

—He prometido a vuestro padre, en su lecho de muerte, no dejaros entrar en este cuarto, de lo que podían resultar grandes desgracias para vos y para mí.

—La mayor desgracia —replicó el rey— es que mi curiosidad no quede satisfecha. No descansaré hasta que mis ojos lo hayan visto todo. No salgo de aquí hasta que me hayas abierto.

El fiel Juan, viendo que no había medio de negarse, fue a buscar la llave, lleno de tristeza en su corazón y suspirando mucho. En cuanto abrió la puerta, entró el primero, procurando ocultar el retrato con su cuerpo; todo fue inútil: el rey, levantándose sobre la punta de los pies, le vio por encima de sus hombros. Pero al ver aquella imagen de una joven tan hermosa y deslumbrante de oro y de pedrerías, cayó sin conocimiento en el suelo. Levantóle el fiel Juan y le llevó a su cama.

—¡El mal está hecho! ¡Dios mío!, ¿qué va a ser de nosotros?

Y le hizo tomar un poco de vino para que recobrase las fuerzas.

La primera palabra del rey, cuando volvió en sí, fue preguntar de quién era aquel hermoso retrato.

—El de la princesa de la Cúpula de Oro —respondió el fiel Juan.

—El amor que me ha hecho concebir es tan grande —dijo el rey— que si todas las hojas de los árboles fueran lenguas, no bastarían para explicarlo. Mi vida depende en lo futuro de su posesión. Tú me ayudarás, tú que eres mi fiel criado.

El fiel Juan reflexionó por largo tiempo de qué modo convenía arreglárselas, pues era muy difícil el presentarse delante de los ojos de la princesa. Por último, imaginó un medio, y dijo al rey:

—Todo lo que rodea a la princesa es de oro; sillas, tazas, copas y muebles de todas clases. Vos tenéis cinco toneladas de oro en vuestro tesoro; hay que dar una a los plateros para que hagan vasos y alhajas de oro de todas hechuras; pájaros, fieras, monstruos de mil formas, en fin, todo lo que debe agrandar a la princesa. Nos pondremos en camino con estas joyas y procuraremos probar fortuna.

El rey mandó venir a todos los plateros del país, y trabajaron noche y día hasta que todo estuvo concluido. Entonces lo embarcaron en un navío. Juan el fiel tomó el traje de comerciante y el rey hizo otro tanto para que nadie pudiera conocerle. Después se hicieron a la vela y navegaron hasta la ciudad en que habitaba la princesa de la Cúpula de Oro.

El fiel Juan desembarcó solo y dejó al rey en el navío.

—Quizás —le dijo—, traeré conmigo a la princesa; procurad que todo esté en orden, que se hallen a la vista dos vasos de oro y que el navío esté adornado como para una fiesta.

En seguida llenó su cinturón de muchas alhajas de oro y se fue derecho al palacio del rey.

En cuanto entró, vio en el patio una joven que sacaba agua de una fuente con dos cubos de oro. Cuando se volvía para marcharse, distinguió al extranjero, y le preguntó quién era.

—Soy comerciante —le respondió.

Y abriendo su cinturón, le enseñó sus mercancías.

—¡Qué cosas tan bonitas! —exclamó.

Y poniendo sus cubos en el suelo, se puso a mirar todas las joyas, una tras otra.

—Es preciso —dijo— que vea todo esto la princesa: ella os lo comprará, porque le gustan mucho los objetos de oro. Y cogiéndole por la mano, le hizo subir al palacio, porque era una doncella.

Le gustaron tanto los diamantes a la princesa, que le dijo a Juan:

—Está tan bien trabajado, que te lo compro todo. Mas este le contestó.

—Yo no soy más que el criado de un comerciante muy rico; todo lo que veis aquí no es nada en comparación de lo que mi amo tiene en su navío: en él veréis las más preciosas y hermosas obras de oro.

Quería que se las trajesen, pero Juan dijo a la princesa:

—Hay muchas: se necesitaría mucho tiempo y mucho espacio; vuestro palacio no sería suficiente. Excitose más con esto su curiosidad, y exclamó por último:

—Pues bien, conducidme a ese navío, quiero yo misma ver los tesoros de tu amo.

El fiel Juan la acompañó muy alegre al navío; y al verla el rey le pareció más hermosa todavía que su retrato; el corazón le saltaba de alegría; cuando subió a bordo le ofreció el rey su mano; durante este tiempo el fiel Juan, que se había quedado detrás, mandó al capitán levar el ancla y largarse a toda vela. El rey bajó con ella a la cámara y le enseñó una a una, todas las piezas de la vajilla de oro, los platos, las copas y los pájaros, las fieras y los monstruos. Pasaron así muchas horas y mientras estaba ocupada examinando todo, no conoció que el navío estaba navegando. Cuando hubo concluido dio gracias al pretendido comerciante y se dispuso a volver a su palacio, pero al llegar al puente vio que estaba en alta mar, muy lejos de la tierra, y el navío navegando.

—¡Me han vendido! —exclamó llena de espanto—. ¡Me han robado! ¡Caer en poder de un comerciante!

¡Mejor quisiera morir!

Pero el rey, presentándole la mano, le dijo:

—Yo no soy comerciante, soy un rey, y de tan buena familia como la vuestra. Si os he robado con astucia, no lo atribuyáis más que a la violencia de mi amor. Es tan grande, que cuando he visto vuestro retrato por primera vez, he caído sin conocimiento al suelo.

Estas palabras consolaron a la princesa, se conmovió su corazón y consintió en casarse con el rey.

Mientras navegaban en alta mar, el fiel Juan, estando un día sentado en la popa del navío, distinguió en el aire tres cornejas que vinieron a colocarse delante de él. Escuchó lo que decían entre sí, pues comprendía su lenguaje.

—¿Conque se lleva ya a la princesa de la Cúpula de Oro? —decía la primera.

—Sí —respondió la segunda—, pero no es suya todavía.

—Cómo —dijo la tercera—, ¿pues no está sentada a su lado?

—¿Qué importa? —repuso la primera—; cuando desembarquen presentarán al rey un caballo alazán, él querrá montarle; pero si lo hace, el caballo se lanzará a los aires con él y no volverán a tener noticias tuyas.

—¿Pero se puede evitar eso? —dijo la segunda.

—Sí —contestó la primera—, siempre que otra persona se lance sobre el caballo, y cogiendo una de las pistolas que lleva en la silla le deje muerto en el acto. Así se librerá el rey. Pero ¿quién puede saber esto? Además de que el que lo sepa y lo diga será convertido en piedra desde los pies hasta las rodillas.

La segunda corneja dijo a su vez.

—Yo sé algo más todavía; aun suponiendo que muera el caballo, el joven rey no por eso poseerá a su prometida. Cuando entren juntos en palacio, le presentarán al rey en una bandeja con una magnífica camisa de boda que parecerá tejida de oro y de plata, pero que no es en realidad más que de pez y azufre; si el rey se la pone se quemará hasta la médula de los huesos.

—¿No hay ningún recurso para evitarlo? —dijo la tercera.

—Hay uno —respondió la segunda—. Es preciso que una persona, provista de guantes, coja la camisa y la eche al fuego. Quemada la camisa se salvará el rey. Pero ¿de qué sirve esto, si el que lo sepa y lo diga se convertirá en piedra desde las rodillas hasta el corazón?

La tercera corneja añadió:

—Yo sé algo más todavía; aun en el caso de que quemen la camisa, no poseerá el rey a su prometida. Si hay baile en la boda y baila en él la reina, se desmayará de repente y caerá como muerta, y lo quedará en realidad si no hay alguien que la levante en seguida y le chupe tres gotas de sangre que le saldrán en el hombro derecho, las que escupirá en seguida. Pero el que lo sepa y lo diga será convertido en piedra desde la cabeza hasta los pies.

Después de esta conversación echaron a volar las cornejas. El fiel Juan que las había oído, comenzó desde entonces a ponerse triste y silencioso. Callar era exponer al rey a una desgracia, pero hablar era buscar su propia perdición. Al fin se dijo:

—Salvaré a mi señor, aunque me cueste la vida.

Al desembarcar sucedió todo lo que había dicho la corneja. Presentaron al rey un magnífico caballo alazán.

—Voy a montar en él —dijo— para ir a palacio.

E iba a meter el pie en el estribo, cuando, pasando por delante de él el fiel Juan saltó encima, sacó la pistola de la silla y tendió al caballo muerto.

Los otros criados del rey, que no amaban mucho al fiel Juan, dijeron que era preciso ser loco para matar un animal tan hermoso y que iba a montar el rey. Pero el rey les dijo:

—Callad, y dejadle obrar; su lealtad es a toda prueba, y habrá tenido sus razones para hacerlo así.

Llegaron a palacio y en la primera sala hallaron colocada en un azafate la camisa de boda, que parecía ser de oro y de plata.

Iba el príncipe a tocarla pero el fiel Juan le desvió, y cogiéndola con guantes la arrojó al fuego, que la consumió en el mismo instante. Los demás criados se pusieron a murmurar.

—¡Qué atrevimiento! —dijeron—. ¡Ha quemado la camisa de boda del rey! Pero el joven rey insistió todavía.

—Sin duda tiene sus razones; dejadle obrar, pues su lealtad es a toda prueba.

Celebráronse las bodas. Hubo un gran baile, y la novia comenzó a bailar. Desde aquel momento el fiel Juan no la perdió de vista. De repente sintió como debilidad, y cayó muerta en el suelo. Arroja sobre ella en seguida, la levantó y la llevó a su cuarto; y allí, echándola en la cama, se inclinó sobre ella y le chupó tres gotas de sangre del hombro derecho, que escupió en seguida. En el mismo instante volvió a respirar y recobró el conocimiento; pero el joven rey que lo había visto todo y que no comprendía la conducta de Juan, acabó por incomodarse y le mandó prender.

Juan el fiel fue al día siguiente condenado a muerte y conducido al cadalso. Estando subido ya en la escalera, dijo así:

—Todo hombre que va a morir puede hablar antes de su fin. ¿Se me da permiso para ello?

—Te lo concedo —dijo el rey.

Entonces refirió cómo había oído en el mar la conversación de las cornejas, y cómo todo lo que había hecho era necesario para salvar a su amo.

—¡Oh, mi fiel Juan! —exclamó el rey—; te perdono, hacedle bajar.

Pero a la última palabra que había pronunciado Juan el fiel, cayó sin vida, convertido en piedra. La reina y el rey lo sintieron mucho.

—¡Ay! —decía el rey—, tanta abnegación ha sido muy mal recompensada.

Hizo llevar la estatua de piedra a su alcoba, cerca de su lecho, y siempre que la veía, repetía llorando:

—¡Ah, mi fiel Juan, quién pudiera volverte la vida!

Al cabo de algún tiempo, la reina dio a luz dos hijos gemelos que crio felizmente y que fueron la alegría de sus padres.

Un día en que la reina estaba en la iglesia; y los dos niños jugaban en el cuarto con su padre, dirigieron sus ojos a la estatua y él no pudo dejar de repetir todavía, suspirando:

—¡Ay, mi fiel Juan, por qué no he de poder salvarte la vida! Pero la estatua, tomando la palabra, le dijo:

—Puedes si quieres, sacrificando lo que tienes más querido.

—Todo cuanto tengo en el mundo —exclamó el rey—, lo sacrificaré por ti.

—Pues bien —dijo la estatua—; para que recobre la vida tienes que cortar la cabeza a tus dos hijos y frotarme de arriba a abajo con su sangre.

El rey palideció al oír esta terrible condición, pero pensando en la abnegación de este fiel criado que había dado su vida por él, sacó su espada y con su propia mano cortó la cabeza de sus hijos y frotó la piedra con su sangre. La estatua se reanimó en el mismo instante, y Juan el fiel se presentó delante de él vivo y sano. Pero entonces dijo al rey:

—Todo sacrificio por mí tendrá su recompensa.

Y tomando las cabezas de los niños las colocó sobre sus hombros y frotó sus heridas con su sangre: en el mismo momento volvieron a la vida y se pusieron a saltar y a jugar, como si no hubiera sucedido nada.

El rey estaba lleno de alegría. Cuando supo que había vuelto la reina, hizo ocultarse a Juan y a sus hijos en un armario grande. En cuanto entró le preguntó:

—¿Has rezado en la iglesia?

—Sí —le contestó—, he pensado constantemente en el fiel Juan, tan desgraciado por causa nuestra.

—Querida mujer —le dijo—, podemos volverle la vida, pero nos costará la de nuestros hijos. La reina palideció y se oprimió su corazón; respondió sin embargo:

—Le debemos ese sacrificio a causa de su abnegación.

El rey contento de ver que había pensado como él, fue a abrir el armario, e hizo salir al fiel Juan y a los dos niños.

—Gracias a Dios —añadió— le hemos salvado y tenemos nuestros hijos.

Y refirió a la reina lo que había pasado, y vivieron todos juntos muchos años.

La reina de las abejas

Allá en aquellos tiempos hubo un rey que tenía dos hijos, que se fueron en busca de aventuras, lanzándose a todos los excesos de la disipación, por lo que no volvían a su casa paterna. Fue a buscarlos su hermano menor, al que llamaban el Simple, pero cuando los encontró comenzaron a burlarse de él, porque en su sencillez pretendía saber dirigirse en un mundo donde se habían perdido ellos dos, ellos dos que tenían mucho más talento que él.

Habiéndose puesto en camino juntos encontraron un hormiguero. Los dos hermanos mayores querían llenarle de tierra para divertirse viendo la ansiedad de las hormigas que correrían por todas partes cargadas con sus huevos; pero su hermano el Simple les dijo:

—Dejad en paz a esos animales; no consentiré que les hagáis daño.

Poco después encontraron un lago en el que nadaban no sé cuantos patos. Los dos mayores querían coger un par de ellos para mandarlos asar, pero el menor se opuso diciendo:

—Dejad en paz a esos animales; no consentiré que los mate nadie.

Mucho más allá todavía distinguieron en un árbol una colmena tan llena de miel que corría por el tronco abajo. Los dos mayores querían prender fuego al árbol para ahumar a las abejas y apoderarse de la miel; pero su hermano el Simple los contuvo, diciéndoles:

—Dejad en paz a esos animales; no consentiré que los queméis.

Los tres hermanos llegaron por último a un castillo cuyas caballerizas estaban llenas de caballos convertidos en piedras, y en las que no se veía a nadie. Atravesaron todas las salas y llegaron al fin delante de una puerta cerrada con tres cerraduras. En medio de la puerta había un pequeño postigo por el que se veía una habitación; desde él distinguieron a un hombre de poca estatura y cabellos grises que estaba sentado delante de una mesa. Llamaron una y dos veces sin que les oyera en apariencia; a la tercera se levantó, abrió la puerta y se adelantó hacia ellos; después, sin pronunciar ni una palabra, los condujo a una mesa que estaba llena de toda clase de manjares, y en cuanto hubieron comido y bebido, llevó a cada uno a una alcoba diferente.

Por la mañana se presentó el anciano al mayor de los hermanos y mandándole por señas que le siguiera, le condujo delante de una mesa de piedra, en la que estaban escritas las tres pruebas que era necesario hacer para desencantar el castillo. Consistía la primera en buscar en el musgo, en medio de los bosques, las mil perlas de la princesa que estaban allí sembradas; y si el que las buscaba no las había encontrado todas antes de ponerse el sol sería convertido en piedra. El hermano mayor pasó todo

el día buscando las perlas; pero, cuando llegó la noche, apenas había encontrado cien, y fue convertido en piedra como estaba escrito en la mesa. El segundo hermano acometió la aventura al día siguiente, pero no fue más afortunado que su hermano mayor; apenas encontró doscientas perlas y fue convertido en piedra.

Llegó por último el tercero, que era el Simple. Comenzó a buscar las perlas en el musgo; pero como esto era muy difícil y muy largo, se sentó en una piedra y se puso a llorar. Hallábase en esta situación, cuando el rey de las hormigas a quien había salvado la vida llegó con cinco mil de sus súbditos, y estos pequeños animales no necesitaron más que un instante para encontrar todas las perlas y reunir las en un montón.

La segunda prueba consistía en sacar la llave del dormitorio de la princesa, que estaba en el fondo del lago. Cuando se acercó el joven, los patos, a quienes había salvado, salieron a su encuentro, se sumergieron en el agua y le llevaron la llave.

Pero la tercera prueba era la más difícil; consistía en saber cuál era la más joven y la más hermosa de las tres princesas dormidas. Las tres se parecían completamente y la única cosa que las distinguía era que antes de dormirse la mayor había comido un terrón de azúcar, mientras que la segunda había bebido un sorbo de almíbar, y la tercera había tomado una cucharada de miel. Pero la reina de las abejas, a quien había salvado el joven del fuego, vino en su socorro; fue a oler la boca de las tres princesas, y se quedó parada en los labios de la que había comido la miel; el príncipe la reconoció así. Entonces se deshizo el encanto, salió el castillo de su sueño mágico, y todos los que se hallaban convertidos en piedra tomaron la forma humana. El supuesto Simple se casó con la más joven y más hermosa de las princesas, y fue rey después de la muerte de su padre. En cuanto a sus dos hermanos, se casaron con las otras dos hermanas.

Hermano y hermana

Un hermanito tomó a su hermanita de la mano, y le dijo:

—Desde que ha muerto nuestra madre no hemos tenido una hora buena; nuestra madrastra nos pega todos los días, y si nos arrimamos a ella, nos echa a puntillones. Los mendrugos del pan que quedan son nuestro alimento, y al perro que está debajo de la mesa, le trata mucho mejor que a nosotros, pues le echa alguna vez un buen pedazo de pan. Dios tenga piedad de nosotros, ¿si lo supiera nuestra madre? Mira, ¿no será mejor irnos a correr el mundo? ¡Acaso nos vaya mejor!

Caminaron todo el día atravesando campos, prados y sierras, y cuando llovía decía la hermanita:

—Dios llora lo mismo que nuestros corazones.

Por la noche llegaron a un bosque muy espeso, y estaban tan fatigados por el hambre, el cansancio y el disgusto, que se acurrucaron en el hueco de un árbol y se durmieron. Cuando despertaron al día siguiente, el sol estaba ya en lo alto del cielo y calentaba con sus rayos el interior del árbol.

Entonces dijo el hermanito:

—Tengo sed, hermanita, si supiera dónde hay una fuente, iría a beber. Me parece que he oído sonar una.

Se levantó el hermanito, tomó a su hermanita de la mano y se pusieron a buscar la fuente. Pero su malvada madrastra era hechicera, había visto marcharse a los dos hermanitos, había seguido sus pasos a hurtadillas, como hacen las hechiceras, y había echado yerbas encantadas en todas las fuentes de la selva. En cuanto encontraron una fuente que corría murmurando por entre las piedras, el hermanito quiso beber, pero la hermanita oyó decir a la fuente por lo bajo.

—El que de mi agua bebe, tigre se vuelve; el que de mi agua bebe, tigre se vuelve. La hermana le dijo:

—Por Dios, hermano, no bebas, pues te volverás tigre y me harías pedazos. El hermanito no bebió aunque tenía mucha sed, y dijo:

—Esperaré hasta llegar a otra fuente.

Cuando llegaron a la segunda fuente, la oyó decir la hermanita:

—Quien de mi agua bebe, lobo se vuelve; quien de mi agua bebe, lobo se vuelve. La hermanita le dijo:

—No bebas por Dios, hermanito, pues te volverías lobo y me comerías. El hermanito no bebió, y dijo:

—Esperaré hasta que lleguemos a la primera fuente, pero entonces beberé aunque digas cuanto quieras, pues estoy seco de sed.

Cuando llegaron a la tercera fuente, la hermanita la oyó murmurar estas palabras:

—El que de mi agua bebe, corzo se vuelve. La hermanita le dijo:

—¡No bebas por Dios, hermanito, porque te volverías corzo y huirías de mí!

Pero el hermanito se había arrodillado cerca de la fuente y comenzó a beber; apenas tocaron sus labios el agua se convirtió en corzo.

La hermanita echó a llorar sobre su pobre hermano encantado, y el pobre corzo lloraba también sin menearse de su lado.

La niña le dijo por último:

—No tengas cuidado, mi querido corzo, que no me separaré de ti.

Entonces se quitó su liga dorada, e hizo un collar con ella al corzo, después arrancó algunos juncos y tejió con ellos una soguilla, con la que ató al animal y se lo llevó metiéndose con él en un bosque. Después de haber andado mucho tiempo, llegaron por último a una casita, donde entró la niña, y habiendo visto que no estaba habitada, dijo:

—Aquí podemos detenernos y quedarnos a vivir.

Entonces buscó musgo para que pudiera descansar el corzo, y todas las mañanas salía, cogía raíces, frutas salvajes y nueces, y cogía también yerbas frescas que comía el corzo en su mano y estaba muy contento y saltaba de alegría delante de ella. Por la noche, cuando la niña estaba ya cansada, y había rezado sus oraciones, reclinaba su cabeza en la espalda del corzo, que le servía de alfombra y se dormía dulcemente, y se hubiese creído feliz con este género de vida, con sólo que su hermano hubiera tenido todavía su forma humana.

Pasaron así algún tiempo en aquel lugar desierto, pero llegó un día en que el rey de aquel país, tuvo una partida de caza en el bosque, que resonaba con las tocatas de las trompas, los ladridos de los perros y los alegres gritos de los cazadores.

El corzo oyó todo aquel ruido y sentía no encontrarse cerca.

—¡Ah!, —dijo a su hermanita—, déjame ir a la cacería, no puedo resignarme a estar aquí. Y le suplicó tanto que cedió al fin.

—Mira, —le dijo—, no dejes de volver a la noche, cerraré las puertas para que no entren esos cazadores, y para que te conozca, dices cuando llames:

—Soy yo, querida hermanita, abre corazoncito mío; si no dices eso, no abriré la puerta. El corzo se lanzó fuera de la casa, muy contento y alegre de gozar del aire libre.

El rey y sus cazadores vieron al hermoso animal, y corrieron en su persecución sin poderle alcanzar; cuando se creían próximos a cogerle, saltó por encima de una zarza y desapareció. En cuanto comenzó a oscurecer, corrió a la casa, y llamó diciendo:

—Soy yo, querida hermanita, abre corazoncito mío.

Se abrió la puerta, entró en la casa y durmió toda la noche en su blanda cama.

Al día siguiente volvió a comenzar la caza, y cuando oyó el corzo de nuevo el son de las trompas y el ruido de los cazadores, no pudo descansar más, y dijo:

—Hermanita, ábreme, tengo que salir.

La hermanita le abrió la puerta, diciéndole:

—No dejes de venir a la noche y de decir la palabra convenida.

Cuando el rey y los cazadores volvieron a ver al corzo con su collar dorado; echaron todos tras él, pero era demasiado listo y ágil para dejarse coger: los cazadores le habían cercado ya de tal modo a la caída de la tarde, que uno de ellos le hirió ligeramente en el pie, de forma que cojeaba, y a duras penas pudo escaparse. Un cazador se deslizó tras sus huellas hasta llegar a la casita donde le oyó decir:

—Soy yo, querida hermanita, ábreme, corazoncito mío.

Y vio que le abrían la puerta y que cerraban en seguida. El cazador conservó fielmente estas palabras en la memoria, se dirigió a donde estaba el rey y le refirió lo que había visto y oído.

El rey dijo:

—Mañana continuará también la caza.

La hermanita se asustó mucho cuando vio volver al corzo herido, le lavó la sangre de la herida, le aplicó yerbas y le dijo:

—Ve a descansar a la cama, querido corcito, para curarte.

Pero la herida era tan ligera, que al día siguiente el corzo no sentía nada, y cuando volvió a oír en el bosque el sonido de la cacería, dijo:

—No puedo parar aquí, necesito salir, no me cogerán con tanta facilidad. Su hermanita le dijo llorando:

—Hoy te van a matar, no quiero dejarte salir.

—Me moriré aquí de disgusto, si no me dejas salir, —le contestó—; cuando oigo la corneta de la caza, me parece que se me van los pies.

La hermanita no pudo menos de ceder, le abrió la puerta llena de tristeza, y el corzo se lanzó al bosque alegre y decidido.

El rey apenas le vio, dijo a los cazadores.

—Perseguidle hasta la noche, pero no le hagáis daño. En cuanto se puso el sol, dijo el rey al cazador:

—Ven conmigo y enséñame la casa de que me has hablado. Cuando llegaron a la puerta, llamó y dijo:

—Soy yo, querida hermanita, ábreme, corazoncito mío.

Se abrió la puerta y entró el rey, hallando en su presencia a una joven de lo más hermoso que había visto nunca.

La joven tuvo miedo cuando vio que en vez del corzo, entraba un rey con la corona de oro en la cabeza; pero el rey la miró con dulzura y le presentó la mano, diciéndole:

—¿Quieres venir conmigo a mi palacio y ser mi esposa?

—¡Oh, sí!, —contestó la joven—, más es preciso que venga conmigo el corzo, no puedo separarme de él.

El rey dijo:

—Permaneceré a tu lado mientras vivas, y no carecerás de nada.

En aquel momento entró el corzo saltando, su hermanita le ató con la cuerda de juncos, tomó la cuerda en la mano, y salió con él de la casa.

El rey llevó a la joven a su palacio, donde se celebró la boda con gran magnificencia, y desde entonces fue Su Majestad la reina y vivieron juntos mucho tiempo. El corzo estaba muy bien cuidado y saltaba y corría por el jardín del palacio; sin embargo; su malvada madrastra, que había sido la causa de que los dos niños abandonaran la casa paterna, e imaginaba que la hermanita había sido devorada por las fieras del bosque y que su hermanito, convertido en corzo, había sido muerto por los cazadores, cuando supo que eran tan felices, y vivían con tanta prosperidad, se despertaron en su corazón el odio y la envidia, comenzando a agitarle e inquietarle, y se dedicó a buscar con el mayor cuidado un medio para hundir a los dos en la desgracia. Su hija verdadera, que era tan fea como la noche y solo tenía un ojo, murmuraba contra ella diciéndole:

—La ventura de llegar a ser reina es a mí a quien pertenece.

—¡No tengas cuidado, —le dijo la vieja, procurando apaciguarla—; cuando sea tiempo!, me hallarás pronta a servirte.

En efecto, en cuanto llegó el momento en que la reina dio a luz un hermoso niño, como el rey estaba de caza, la hechicera tomó la forma de una doncella, entró en el cuarto en que se hallaba acostada la reina y le dijo:

—Venid, vuestro baño está cerca, os sentará muy bien, y os dará muchas fuerzas; pronto, antes que se enfríe.

Acompañada de su hija, llevó al baño a la reina convaleciente, le dejaron allí, y después salieron, cerrando la puerta. Habían tenido cuidado de encender junto al baño un fuego parecido al del infierno, para que la joven reina se ahogase pronto.

Después de esto, cogió la vieja a su hija, le puso un gorro en la cabeza y la acostó en la cama de la reina; le dio también la forma y las facciones de la reina, pero no pudo ponerle el ojo que había perdido, y para que no lo notase el rey, le mandó estuviera echada del lado de que era tuerta.

Cuando a la caída de la tarde volvió el rey de la caza y supo que le había nacido un hijo, se alegró de todo corazón y quiso ir a la cama de su querida mujer para ver cómo estaba.

Pero la vieja les dijo en seguida:

—No abráis, por Dios, las ventanas; la reina no puede ver la luz todavía; necesita descanso. El rey se fue y no se enteró de que una falsa reina estaba acostada en la cama.

Pero cuando dieron las doce de la noche y todos dormían, la nodriza que estaba en el cuarto del niño, cerca de su ama, siendo la única que velaba, vio abrirse la puerta y entrar a la verdadera madre. Sacó al niño de la cuna, le tomó en sus brazos y le dio de beber. Después le arregló la almohada, volvió a ponerle en su sitio, y corrió las cortinas. No se olvidó tampoco del corzo, se acercó al rincón, donde descansaba y le pasó la mano por la espalda. Salió después sin decir una sola palabra, y al día siguiente, cuando preguntó la nodriza a los guardias si había entrado alguien en palacio durante la noche, le contestaron:

—No, no hemos visto a nadie.

Volvió muchas noches de la misma manera sin pronunciar una sola palabra; la nodriza la veía siempre, pero no se atrevía a hablarle.

Al cabo de, algún tiempo la madre comenzó a hablar por la noche y dijo:

¿Qué hace mi hijito?

¿Qué hace mi corcito? Volveré dos veces más, y ya no vendré jamás.

La nodriza no le contestó, pero apenas había desaparecido, corrió a contárselo al rey, quien dijo:

—¡Dios mío! ¿Qué significa esto? Voy a pasar la noche próxima al lado del niño.

En efecto, fue por la noche al cuarto del niño, y hacia las doce, se apareció la madre, y dijo:

¿Qué hace mi hijito?

¿Qué hace mi corcito? Aun volveré otra vez más, y ya no vendré jamás.

Después acarició al niño como hacía siempre, y desapareció. El rey no se atrevió a dirigirle la palabra; pero a la noche siguiente se quedó también en vela. La reina dijo:

¿Qué hace mi hijito?

¿Qué hace mi corcito?

El rey no pudo contenerse más, se lanzó hacia ella y le dijo:

—Tú debes de ser mi querida esposa.

—Sí, —le contestó— soy tu mujer querida.

Y en el mismo instante recobró la vida por la gracia de Dios, y se puso tan hermosa y fresca como una rosa.

Refirió al rey el crimen que habían cometido con ella la malvada hechicera y su hija, y el rey las mandó comparecer delante de su tribunal, donde fueron condenadas. La hija fue conducida a un bosque, donde la despedazaron las bestias salvajes apenas la vieron y la hechicera fue condenada a la hoguera, pereciendo miserablemente entre las llamas; apenas la hubo consumido el fuego, volvió el corzo a su forma natural, y hermanito y hermanita vivieron felices hasta el fin de sus días.

Blancanieve y Rojarosa

Una pobre mujer vivía en una cabaña en medio del campo; en un huerto situado delante de la puerta, había dos rosales, uno de los cuales daba rosas blancas y el otro rosas encarnadas. La viuda tenía dos hijas que se parecían a los dos rosales, la una se llamaba Blancanieve y la otra Rojarosa. Eran las dos niñas lo más bueno, obediente y trabajador que se había visto nunca en el mundo, pero Blancanieve tenía un carácter más tranquilo y bondadoso; a Rojarosa le gustaba mucho más correr por los prados y los campos en busca de flores y de mariposas. Blancanieve, se quedaba en su casa con su madre, la ayudaba en los trabajos domésticos y le leía algún libro cuando habían acabado su tarea. Las dos hermanas se amaban tanto, que iban de la mano siempre que salían, y cuando decía Blancanieve: —No nos separaremos nunca, contestaba Rojarosa: —En toda nuestra vida; y la madre añadía: —Todo debería ser común entre vosotras dos.

Iban con frecuencia al bosque para coger frutas silvestres, y los animales las respetaban y se acercaban a ellas sin temor. La liebre comía en su mano, el cabrito pacía a su lado, el ciervo jugueteaba delante de ellas, y los pájaros, colocados en las ramas, entonaban sus más bonitos gorjeos.

Nunca les sucedía nada malo; si las sorprendía la noche en el bosque, se acostaban en el musgo una al lado de la otra y dormían hasta el día siguiente sin que su madre estuviera inquieta.

Una vez que pasaron la noche en el bosque, cuando las despertó la aurora, vieron a su lado un niño muy hermoso, vestido con una túnica de resplandeciente blancura, el cual les dirigió una mirada amiga, desapareciendo en seguida en el bosque sin decir una sola palabra. Vieron entonces que se habían acostado cerca de un precipicio, y que hubieran caído en él con solo dar dos pasos más en la oscuridad. Su madre les dijo que aquel niño era el Ángel de la Guarda de las niñas buenas.

Blancanieve y Rojarosa tenían tan limpia la cabaña de su madre, que se podía cualquiera mirar en ella. Rojarosa cuidaba en verano de la limpieza, y todas las mañanas, al despertar, encontraba su madre un ramo, en el que había una flor de cada uno de los dos rosales. Blancanieve encendía la lumbre en invierno y colgaba la marmita en los llares, y la marmita, que era de cobre amarillo, brillaba como unas perlas, de limpia que estaba. Cuando nevaba por la noche, decía la madre:

—Blancanieve, ve a echar el cerrojo, —y luego se sentaban en un rincón a la lumbre; la madre se ponía los anteojos y leía en un libro grande; y las dos, niñas la escuchaban

hilando; cerca de ellas estaba acostado un pequeño cordero y detrás dormía una tórtola en su caña con la cabeza debajo del ala.

Una noche, cuando estaban hablando con la mayor tranquilidad, llamaron a la puerta.

—Rojarosa; —dijo la madre—, ve a abrir corriendo, pues sin duda será algún viajero extraviado que buscará asilo por esta noche.

Rojarosa fue a descorrer el cerrojo y esperaba ver entrar algún pobre, cuando asomó un oso su gran cabeza negra por la puerta entreabierta. Rojarosa echó a correr dando gritos, el cordero comenzó a balar, la paloma revoloteaba por todo el cuarto y Blancanieve corrió a esconderse detrás de la cama de su madre. Pero el oso les dijo:

—No temáis, no os haré daño; solo os pido permiso para calentarme un poco; pues estoy medio helado.

—Acércate al fuego, pobre oso; —contestó la madre—, pero ten cuidado de no quemarte la piel. Después llamó a sus hijas de esta manera:

—Blancanieve, Rojarosa, venid; el oso no os hará daño, tiene buenas intenciones.

Entonces vinieron las dos hermanas, y se acercaron también poco a poco el cordero y la tórtola y olvidaron su temor.

—Hijas, —les dijo el oso—, ¿queréis sacudir la nieve que ha caído encima de mis espaldas?

Las niñas cogieron entonces la escoba y le barrieron toda la piel; después se extendió delante de la lumbre manifestando con sus gruñidos que estaba contento y satisfecho. No tardaron en tranquilizarse por completo; y aún en jugar con este inesperado huésped. Le tiraban del pelo, se subían encima de su espalda le echaban a rodar por el cuarto, y cuando gruñía, comenzaban a reír. El oso las dejaba hacer cuanto querían, pero cuando veía que sus juegos iban demasiado lejos, les decía:

—Dejadme vivir, no vayáis a matar a vuestro pretendiente. Cuando fueron a acostarse, le dijo la madre:

—Quédate ahí; pasa la noche delante de la lumbre, pues por lo menos estarás al abrigo del frío y del mal tiempo.

Las niñas le abrieron las puertas a la aurora, y él se fue al bosque trotando sobre la nieve. Desde aquel día, volvía todas las noches a la misma hora, se extendía delante de la lumbre y las niñas jugaban con él todo lo que querían, habiendo llegado a acostumbrarse de tal modo a su presencia, que nunca echaban el cerrojo a la puerta hasta que él venía.

En la primavera, en cuanto comenzó a nacer el verde, dijo el oso a Blancanieve:

—Me marchó, y no volveré en todo el verano.

—¿Dónde vas, querido oso? —le preguntó Blancanieve.

—Voy al bosque, tengo que cuidar de mis tesoros, porque no me los roben los malvados enanos. Por el invierno, cuando la tierra está helada, se ven obligados a permanecer en sus agujeros sin poder abrirse paso; pero ahora que el sol ha calentado

ya la tierra, van a salir al merodeo; lo que cogen y ocultan en sus agujeros no vuelve a ver la luz con facilidad.

Blancanieve sintió mucho la partida del oso, cuando le abrió la puerta se desolló un poco al pasar con el pestillo, y creyó haber visto brillar oro bajo su piel, mas no estaba segura de ello. El oso partió con la mayor celeridad, y desapareció bien pronto entre los árboles.

Algún tiempo después, envió la madre a sus hijas a recoger madera seca al bosque, vieron un árbol muy grande en el suelo, y una cosa que corría por entre la yerba alrededor del tronco, sin que se pudiera distinguir bien lo que era. Al acercarse distinguieron un pequeño enano, con la cara vieja y arrugada; y una barba blanca de una vara de largo. Se le había enganchado la barba en una hendidura del árbol, y el enano saltaba como un perrillo atado con una cuerda que no puede romper; fijó sus ardientes ojos en las dos niñas, y les dijo:

—¿Qué hacéis ahí mirando? ¿Por que, no venís a socorrerme?

—¿Cómo te has dejado coger así en la red, pobre hombrecillo? —le preguntó Rojarosa.

—Tonta curiosa, —replicó el enano—; quería partir este árbol para tener pedazos pequeños de madera y astillas para mi cocina, pues nuestros platos son chiquititos y los tarugos grandes los quemarían; nosotros no nos atestamos de comida como vuestra raza grosera y tragona. Ya había introducido la cuña en la madera, pero la cuña era demasiado resbaladiza; ha saltado en el momento en que menos lo esperaba y el tronco se ha cerrado tan pronto, que no he tenido tiempo para retirar mi hermosa barba blanca que se ha quedado enredada. ¿Os echáis a reír, simples? ¡Qué feas sois! Por más que hicieron las niñas no pudieron sacar la barba que estaba cogida como con un tornillo.

—Voy a buscar gente, —dijo Rojarosa.

—¿Llamar gente? —exclamó el enano con su ronca voz—; ¿no sois ya demasiado vosotras dos, imbéciles borricas?

—Ten un poco de paciencia, —dijo Blancanieve—, y todo se arreglará.

Y sacando las tijeras de su bolsillo le cortó la punta de la barba. En cuanto el enano se vio libre, fue a coger un saco lleno de oro que estaba oculto en las raíces del árbol, diciendo:

—¡Que animales son esas criaturas! ¡Cortar la punta de un hacha tan hermosa! El diablo os lleve. Después se echó el saco a la espalda y se marchó sin mirarlas siquiera. Algunos meses después fueron las hermanas a pescar al río; al acercarse a la orilla vieron correr una especie de saltamontes grande, que saltaba junto al agua como si quisiera arrojarse a ella, echaron a correr y conocieron al enano.

—¿Qué tienes? —dijo Rojarosa—, ¿es que quieres tirarte al río?

—¡Qué bestia eres! —exclamó el enano—, ¿no ves que es ese maldito pez que quiere arrastrarme al agua?

Un pescador había echado el anzuelo, mas por desgracia el aire enredó el hilo en la barba del enano, y cuando algunos instantes después mordió el cebo un pez muy grande, las fuerzas de la débil criatura no bastaron para sacarle del agua y el pez que tenía la ventaja atraía al enano hacia sí, quien tuvo que agarrarse a los juncos y a las yerbas de la ribera, a pesar de lo cual le arrastraba el pez y se veía en peligro de caer al agua. Las niñas llegaron a tiempo para detenerle y procuraron desenredar su barba, pero todo en vano, pues se hallaba enganchada en el hilo. Fue preciso recurrir otra vez a las tijeras y cortaron un poco de la punta. El enano exclamó entonces encolerizado:

—Necias, ¿tenéis la costumbre de desfigurar así a las gentes? ¿No ha sido bastante con haberme cortado la barba una vez, sino que habéis vuelto a cortármela hoy? ¿Cómo me voy a presentar a mis hermanos? ¡Ojalá tengáis que correr sin zapatos y os desolléis los pies! y cogiendo un saco de perlas que estaba oculto entre las cañas, se lo llevó sin decir una palabra y desapareció en seguida detrás de una piedra.

Poco tiempo después envió la madre a sus hijas a la aldea para comprar hilo, agujas y cintas, tenían que pasar por un erial lleno de rosas, donde distinguieron un pájaro muy grande que daba vueltas en el aire, y que después de haber volado largo tiempo por encima de sus cabezas, comenzó a bajar poco a poco, concluyendo por dejarse caer de pronto al suelo. Al mismo tiempo se oyeron gritos penetrantes y lastimosos. Corrieron y vieron con asombro a un águila que tenía entre sus garras a su antiguo conocido el enano, y que procuraba llevárselo. Las niñas, guiadas por su bondadoso corazón, sostuvieron al enano con todas sus fuerzas, y se las hubieron también con el águila que acabó por soltar su presa; pero en cuanto el enano se repuso de su estupor, les gritó con voz gruñona:

—¿No podíais haberme cogido con un poco más de suavidad, pues habéis tirado de tal manera de mi pobre vestido que me lo habéis hecho pedazos? ¡Qué torpes sois! Después cogió un saco de piedras preciosas y se deslizó a su agujero, en medio de las rosas. Las niñas estaban acostumbradas a su ingratitud y así continuaron su camino sin hacer caso, yendo a la aldea a sus compras.

Cuando a su regreso volvieron a pasar por aquel sitio, sorprendieron al enano que estaba vaciando su saco de piedras preciosas, no creyendo que transitase nadie por allí a aquellas horas, pues era ya muy tarde. El sol al ponerse iluminaba la pedrería y lanzaba rayos tan brillantes, que las niñas se quedaron inmóviles para contemplarlas.

—¿Por qué os quedáis ahí embobadas? —les dijo, y su rostro ordinariamente gris estaba enteramente rojo de cólera.

Iba a continuar un dicterio, cuando salió del fondo del bosque un oso completamente negro, dando terribles gruñidos. El enano quería huir lleno de espanto, pero no tuvo

tiempo para llegar a su escondrijo, pues el oso le cerró el paso; entonces le dijo suplicándole con un acento desesperado:

—Perdonadme, querido señor oso, y os daré todos mis tesoros, todas esas joyas que veis delante de vos, concededme la vida: ¿qué ganaréis con matar a un miserable enano como yo? Apenas me sentirías entre los dientes; no es mucho mejor que cojáis a esas dos malditas muchachas, que son dos buenos bocados, gordas como codornices? Y zampáoslas en nombre de Dios.

Pero el oso sin escucharle, dio a aquella malvada criatura un golpe con su pata y cayó al suelo muerta.

Las niñas se habían salvado, pero el oso les gritó:

—¿Blancanieve? ¿Rojarosa? No tengáis miedo, esperadme.

Reconocieron su voz y se detuvieron, y cuando estuvo cerca de ellas, cayó de repente su piel de oso y vieron a un joven vestido con un traje dorado.

—Soy un príncipe, —les dijo—, ese infame enano me había convertido en oso, después de haberme robado todos mis tesoros; me había condenado a recorrer los bosques bajo esta forma y no podía verme libre más que con su muerte. Ahora ya ha recibido el premio de su maldad.

Blancanieve se casó con el príncipe y Rojarosa con un hermano suyo y repartieron entre todos los grandes tesoros que el enano había amontonado en su agujero. Su madre vivió todavía muchos años, tranquila y feliz cerca de sus hijos. Tomó los dos rosales y los colocó en su ventana, donde daban todas las primaveras hermosísimas rosas blancas y encarnadas.

Rapunzel

Había en una ocasión un matrimonio que deseaba hacía mucho tiempo tener un hijo, hasta que al fin la mujer esperaba que el Señor estuviera a punto de cumplir sus deseos. En la alcoba de los esposos había una ventana pequeña, cuyas vistas daban a un hermoso huerto, en el cual se encontraban toda clase de flores y legumbres. Se hallaba empero rodeado de una alta pared, y nadie se atrevía a entrar dentro, porque pertenecía a una hechicera muy poderosa y temida de todos. Un día estaba la mujer a la ventana mirando al huerto en el cual vio un cuadro plantado de ruiponces, y le parecieron tan verdes y tan frescos, que sintió antojo por comerlos. Creció su antojo de día en día y, como no ignoraba que no podía satisfacerle, comenzó a estar triste, pálida y enfermiza. Asustose el marido y le preguntó:

—¿Qué tienes, querida esposa?

—¡Oh! —le contestó—, si no puedo comer ruiponces de los que hay detrás de nuestra casa, me moriré de seguro.

El marido que la quería mucho, pensó para sí.

—Antes de consentir en que muera mi mujer, le traeré el ruiponce, y sea lo que Dios quiera.

Al anoecer saltó las paredes del huerto de la hechicera, cogió en un momento un puñado de ruiponces, y se lo llevó a su mujer, que hizo enseguida una ensalada y se la comió con el mayor apetito. Pero le supo tan bien, tan bien, que al día siguiente tenía mucha más gana todavía de volverlo a comer, no podía tener descanso si su marido no iba otra vez al huerto. Fue por lo tanto al anoecer, pero se asustó mucho, porque estaba en él la hechicera.

—¿Cómo te atreves, le dijo encolerizada, a venir a mi huerto y a robarme mi ruiponce como un ladrón? ¿No sabes que puede venirte una desgracia?

—¡Ah! —le contestó—, perdonad mi atrevimiento, pues lo he hecho por necesidad. Mi mujer ha visto vuestro ruiponce desde la ventana, y se le ha antojado de tal manera que moriría si no lo comiese.

La hechicera le dijo entonces deponiendo su enojo:

—Si es así como dices, coge cuanto ruiponce quieras, pero con una condición: tienes que entregarme el hijo que dé a luz tu mujer. Nada le faltará, y le cuidaré como si fuera su madre.

El marido se comprometió con pena, y en cuanto vio la luz su hija se la presentó a la hechicera, que puso a la niña el nombre de Rapunzel (que significa ruiponce) y se la llevó.

Rapunzel era la criatura más hermosa que ha habido bajo el sol. Cuando cumplió doce años la encerró la hechicera en una torre que había en un bosque, la cual no tenía escalera ni puerta, sino únicamente una ventana muy pequeña y alta. Cuando la hechicera quería entrar se ponía debajo de ella y decía:

Rapunzel, Rapunzel, echa tus cabellos subiré por ellos.

Pues Rapunzel tenía unos cabellos muy largos y hermosos y tan finos como el oro hilado. Apenas oía la voz de la hechicera, desataba su trenza, la dejaba caer desde lo alto de su ventana, que se hallaba a más de veinte varas del suelo y la hechicera subía entonces por ellos.

Mas sucedió, trascurridos un par de años, que pasó por aquel bosque el hijo del rey y se acercó a la torre en la cual oyó un cántico tan dulce y suave que se detuvo escuchándole. Era Rapunzel que pasaba el tiempo en su soledad entreteniéndose en repetir con su dulce voz las más agradables canciones. El hijo del rey hubiera querido entrar, y buscó la puerta de la torre, pero no pudo encontrarla. Marchose a su casa, pero el cántico había penetrado de tal manera en su corazón, que iba todos los días al bosque a escucharle. Estando uno de ellos bajo un árbol, vio que llegaba una hechicera, y la oyó decir:

Rapunzel, Rapunzel, echa tus cabellos subiré por ellos.

Rapunzel dejó entonces caer su cabellera y la hechicera subió por ella.

—Si es esa la escalera por la cual se sube, —dijo el príncipe—, quiero yo también probar fortuna. Y al día siguiente, cuando empezaba a anochecer se acercó a la torre y dijo:

Rapunzel, Rapunzel, echa tus cabellos subiré por ellos.

Enseguida cayeron los cabellos y subió el hijo del rey. Al principio se asustó Rapunzel cuando vio entrar un hombre, pues sus ojos no habían visto todavía ninguno, pero el hijo del rey comenzó a hablarle con la mayor amabilidad, y le refirió que su cántico había conmovido de tal manera su corazón, que desde entonces no había podido descansar un solo instante y se había propuesto verle y hablarle. Desapareció con esto el miedo de Rapunzel y cuando le preguntó si quería casarse con él, y vio que era joven y buen mozo, pensó para sí:

—Le querré mucho más que a la vieja hechicera.

Le dijo que sí, y estrechó su mano con la suya, añadiendo:

—De buena gana me marcharía contigo, pero ignoro cómo he de bajar; siempre que vengas tráeme cordones de seda con los cuales iré haciendo una escala, y cuando sea suficientemente larga, bajaré, y me llevarás en tu caballo.

Convinieron en que iría todas las noches, pues la hechicera iba por el día, la cual no notó nada hasta que le preguntó Rapunzel una vez:

—Dime, abuelita ¿cómo es que tardas tanto tiempo en subir, mientras el hijo del rey llega en un momento a mi lado?

—¡Ah, pícara! —le contestó la hechicera—. ¡Qué es lo que oigo! ¡Yo que creía haberte ocultado a todo el mundo, y me has engañado!

Cogió encolerizada los hermosos cabellos de Rapunzel, les dio un par de vueltas en su mano izquierda, tomó unas tijeras con la derecha, y tris, tras, los cortó, cayendo al suelo las hermosas trenzas, y llegó a tal extremo su furor que llevó a la pobre Rapunzel a un desierto, donde la condenó a vivir entre lágrimas y dolores.

El mismo día en que descubrió la hechicera el secreto de Rapunzel, tomó por la noche los cabellos que le había cortado, los aseguró a la ventana, y cuando vino el príncipe dijo:

Rapunzel, Rapunzel, echa tus cabellos subiré por ellos,

Los encontró colgando. El hijo del rey subió entonces, pero no encontró a su querida Rapunzel, sino a la hechicera, que le recibió con la peor cara del mundo.

—¡Hola! —le dijo burlándose—, vienes a buscar a tu queridita, pero el pájaro no está ya en su nido y no volverá a cantar; le han sacado de su jaula y tus ojos no le verán ya más. Rapunzel es cosa perdida para ti, no la encontrarás nunca.

El príncipe sintió el dolor más profundo y en su desesperación saltó de la torre; tuvo la fortuna de no perder la vida, pero las zarzas en que cayó le atravesaron los ojos. Comenzó a andar a ciegas por el bosque, no comía más que raíces y hierbas y sólo se ocupaba en lamentarse y llorar la pérdida de su querida esposa. Vagó así durante algunos años en la mayor miseria, hasta que llegó al final al desierto donde vivía Rapunzel en continua angustia. Oyó su voz y creyó conocerla; fue derecho hacia ella, la reconoció apenas la hubo encontrado, se arrojó a su cuello y lloró amargamente. Las lágrimas que humedecieron sus ojos, les devolvieron su antigua claridad y volvió a ver como antes. La llevó a su reino donde fueron recibidos con gran alegría, y vivieron muchos años dichosos y contentos.

Los músicos de Bremen

Un pobre labrador tenía un asno que le había servido lealmente durante muchos años, pero cuyas fuerzas se habían debilitado de manera que ya no servía para el trabajo. El amo pensó en desollarle para aprovechar la piel, pero el asno, comprendiendo que el viento soplaba de mala parte, se escapó y tomó el camino de Bremen.

—Allí, —dijo—, podré hacerme músico de la municipalidad.

Después de haber andado por algún tiempo, encontró en el camino un perro de caza, que ladraba como un animal cansado de una larga carrera.

—¿Por qué ladras así, camarada? —le dijo.

—¡Ah! —contestó el perro; porque soy viejo, voy perdiendo fuerzas de día en día, y no puedo ir a cazar, mi amo ha querido matarme; yo he tomado las de Villadiego; pero ¿cómo me arreglaré para ganarme el pan?

—No tengas cuidado, repuso el asno; yo voy a Bremen para hacerme músico de la ciudad; ven conmigo y procura te reciban también en la banda. Yo tocaré el laúd, y tú tocarás los timbales.

El perro aceptó y continuaron juntos su camino. Un poco más adelante encontraron un gato echado en el camino con una cara bien triste, porque hacía tres días que estaba lloviendo.

—¿Qué tienes, viejo bigotudo? —le dijo el asno.

—Cuando está en peligro la cabeza, no tiene uno muy buen humor, —respondió el gato—; porque mi edad es algo avanzada, mis dientes están un poco gastados, y me gusta más dormir junto al hogar que correr tras los ratones, mi amo ha querido matarme, me he salvado; pero ¿qué he de hacer ahora?, ¿adónde he de ir?

—Ven con nosotros a Bremen, tú entiendes muy bien la música nocturna, y te harás como nosotros músico de la municipalidad.

Agradó al gato el consejo y partió con ellos. Nuestros viajeros pasaron bien pronto por delante de un corral encima de cuya puerta había un gallo que cantaba con todas sus fuerzas.

—¿Por qué gritas de esa manera? —dijo el asno.

—Estoy anunciando el buen tiempo, —contestó el gallo—, y como mañana es domingo hay una gran comida en casa, y el ama sin la menor compasión ha dicho a la cocinera que me comerá con el mayor gusto con arroz, y esta noche tiene que retorcerme el pescuezo. Así he gritado con todas mis fuerzas, no sin cierta satisfacción, viendo que respiro todavía.

—Cresta roja, —dijo el asno—; vente con nosotros a Bremen; en cualquier parte encontrarás una cosa mejor que la muerte. Tú tienes buena voz, y cuando cantemos juntos, haremos un concierto admirable.

Agradó al gallo la propuesta y echaron a andar los cuatro juntos; pero no podían llegar en aquel día a la ciudad de Bremen; al anochecer pararon en un bosque, donde decidieron pasar la noche. El asno y el perro se colocaron debajo de un árbol muy grande; el gato y el gallo ganaron su copa, y el gallo voló todavía para colocarse en lo más elevado, donde se creía más seguro. Antes de dormirse, cuando paseaba sus miradas hacia los cuatro vientos, le pareció ver a lo lejos como una luz y dijo a sus compañeros que debía haber alguna casa cerca, pues se distinguía bastante claridad.

—Siendo así, —contestó el asno—, desalojemos y marchemos deprisa hacia ese lado, pues esta posada no es muy de mi gusto.

A lo cual añadió el perro:

—En efecto, no me vendrían mal algunos huesos con su poco de carne.

Se dirigieron hacia el punto de donde salía la luz; no tardaron en verla brillar y agrandarse, hasta que al fin llegaron a una casa de ladrones muy bien iluminada.

El asno, que era el más grande de todos, se acercó a la casa y miró dentro.

—¿Qué ves, rucio? —le preguntó el gallo.

—¿Que qué veo? —dijo el asno—. Una mesa llena de manjares y botellas y alrededor los ladrones, que según parece no se dan mal trato.

—¿Qué buen negocio sería ese para nosotros! —añadió el gallo.

—De seguro, repuso el asno; ¡ah!, ¡si estuviéramos dentro!

Comenzaron a idear un medio para echar de allí a los ladrones y al fin le encontraron. El asno se puso debajo, colocando sus pies delanteros encima del poyo de la ventana; el perro montó sobre la espalda del asno, el gato trepó encima del perro, y el gallo voló y se colocó encima de la cabeza del gato. Colocados de esta manera, comenzaron todos su música a una señal convenida. El asno comenzó a rebuznar, el perro a ladrar, el gato a maullar y el gallo a cantar, después se precipitaron por la ventana dentro del cuarto rompiendo los vidrios, que volaron en mil pedazos. Los ladrones, al oír aquel espantoso ruido, creyeron que entraba en la sala algún espectro y escaparon asustados al bosque. Entonces los cuatro compañeros se sentaron a la mesa, se arreglaron con lo que quedaba y comieron como si debieran ayunar un mes.

Apenas hubieron concluido los cuatro instrumentistas, apagaron las luces y buscaron un sitio para descansar cada uno conforme a su gusto. El asno se acostó en el estiércol, el perro detrás de la puerta, el gato en el hogar, cerca de la ceniza caliente, el gallo en una viga, y como estaban cansados de su largo viaje, no tardaron en dormirse. Después de medianoche, cuando los ladrones vieron desde lejos que no había luz en la casa y que todo parecía tranquilo, les dijo el capitán.

—No hemos debido dejarnos derrotar de esa manera.

Y mandó a uno de los suyos que fuese a ver lo que pasaba en la casa. El enviado lo halló todo tranquilo; entró en la cocina y fue a encender la luz; cogió una pajueta y como los inflamados y brillantes ojos del gato le parecían dos ascuas, acercó a ellos la pajueta para encenderla; mas como el gato no entendía de bromas, saltó a su cara y le arañó bufando. Lleno de un horrible miedo corrió nuestro hombre para huir hacia la puerta, mas el perro, que estaba echado detrás de ella, se tiró a él y le mordió una pierna; cuando pasaba por el corral al lado del estiércol, le soltó un par de coces el asno, mientras el gallo, despierto con el ruido y alerta ya, gritaba: ¡quiquiriquí! —desde lo alto de la viga.

El ladrón corrió a toda prisa hacia donde estaba su capitán y le dijo:

—Hay en nuestra casa una horrorosa hechicera que me ha arañado, bufando, con sus largas uñas; junto a la puerta se halla un hombre armado con un enorme cuchillo, que me ha atravesado la pierna; se ha aposentado en el patio un monstruo negro que me ha aporreado con los golpes de su maza, y en lo alto del techo se ha colocado el juez que gritaba:

—¡Traédmele aquí, traédmele aquí, delante de mí! —por lo que he creído debía huir.

Desde entonces no se atrevieron los ladrones a entrar más en la casa, y los cuatro músicos de Bremen se hallaban tan bien en ella que no quisieron abandonarla.

La cenicienta

Un hombre rico tenía a su mujer muy enferma, y cuando vio que se acercaba su fin, llamó a su hija única y le dijo:

—Querida hija, sé piadosa y buena, Dios te protegerá desde el cielo y yo no me apartaré de tu lado y te bendeciré. Poco después cerró los ojos y expiró. La niña iba todos los días a llorar al sepulcro de su madre y continuó siendo siempre piadosa y buena. Llegó el invierno y la nieve cubrió el sepulcro con su blanco manto, llegó la primavera y el sol doró las flores del campo y el padre de la niña se casó de nuevo.

La esposa trajo dos niñas que tenían un rostro muy hermoso, pero un corazón muy duro y cruel; entonces comenzaron muy malos tiempos para la pobre huérfana.

—No queremos que esté ese pedazo de ganso sentada a nuestro lado, que gane el pan que coma, váyase a la cocina con la criada.

Le quitaron sus vestidos buenos, le pusieron una basquiña remendada y vieja y le dieron unos zuecos.

—¡Qué sucia está la orgullosa princesa! —decían riéndose, y la mandaron a ir a la cocina: tenía que trabajar allí desde la mañana hasta la noche, levantarse temprano, traer agua, encender lumbre, coser y lavar; sus hermanas le hacían además todo el daño posible, se burlaban de ella y le vertían la comida en la lumbre, de manera que tenía que bajarse a recogerla. Por la noche cuando estaba cansada de tanto trabajar, no podía acostarse, pues no tenía cama, y la pasaba recostada al lado del hogar, y como siempre estaba llena de polvo y ceniza, la llamaban la Cenicienta.

Sucedió que su padre fue en una ocasión a una feria y preguntó a sus hijastras lo que querían les trajese.

—Un bonito vestido —dijo la una.

—Una buena sortija, —añadió la segunda.

—Y tú Cenicienta, ¿qué quieres? —le dijo.

—Padre, traedme la primera rama que encontréis en el camino.

Compró a sus dos hijastras hermosos vestidos y sortijas adornadas de perlas y piedras preciosas y a su regreso al pasar por un bosque cubierto de verdor tropezó con su sombrero en una rama de zarza y la cortó. Cuando volvió a su casa dio a sus hijastras lo que le habían pedido y la rama a la Cenicienta, la cual se lo agradeció; corrió al sepulcro de su madre, plantó la rama en él y lloró tanto que regada por sus lágrimas, no tardó la rama en crecer y convertirse en un hermoso árbol. La Cenicienta iba tres veces todos los días a ver el árbol, lloraba y oraba y siempre iba a descansar en él un

pajarillo, y cuando sentía algún deseo, en el acto le concedía el pajarillo lo que deseaba.

Celebró por entonces el rey unas grandes fiestas, que debían durar tres días e invitó a ellas a todas las jóvenes del país para que su hijo eligiera la que más le agradase por esposa. Cuando supieron las dos hermanastras que debían asistir a aquellas fiestas, llamaron a la Cenicienta y le dijeron.

—Péinanos, límpianos los zapatos y ponles bien las hebillas, pues vamos a una boda al palacio del rey.

La Cenicienta las escuchó llorando, pues las hubiera acompañado con mucho gusto al baile, y suplicó a su madrastra se lo permitiese.

—Cenicienta, —le dijo— estás llena de polvo y ceniza y ¿quieres ir a una boda? ¿No tienes vestidos ni zapatos y quieres bailar?

Pero como insistiese en sus súplicas, le dijo por último:

—Se ha caído un plato de lentejas en la ceniza, si las recoges antes de dos horas, vendrás con nosotras.

La joven salió al jardín por la puerta trasera y dijo:

—Tiernas palomas, amables tórtolas, pájaros del cielo, venid todos y ayudadme a recoger. Las buenas en el puchero, las malas en el caldero.

Entraron por la ventana de la cocina dos palomas blancas, después dos tórtolas y por último comenzaron a revolotear alrededor del hogar todos los pájaros del cielo, que acabaron por bajar a la ceniza, y las palomas picoteaban con sus piquitos diciendo pi, pi, y los restantes pájaros comenzaron también a decir pi, pi, y pusieron todos los granos buenos en el plato. Aun no había transcurrido una hora, y ya estaba todo concluido y se marcharon volando. Llevó entonces la niña llena de alegría el plato a su madrastra, creyendo que le permitiría ir a la boda, pero le dijo:

—No, Cenicienta, no tienes vestido y no sabes bailar, se reirían de nosotras. Mas viendo que lloraba añadió:

—Si puedes recoger de entre la ceniza dos platos llenos de lentejas en una hora, irás con nosotras.

Creyendo en su interior, que no podría hacerlo, vertió los dos platos de lentejas en la ceniza y se marchó, pero la joven salió entonces al jardín por la puerta trasera y volvió a decir:

—Tiernas palomas, amables tórtolas, pájaros del cielo, venid todos y ayudadme a recoger. Las buenas en el puchero, las malas en el caldero.

Entraron por la ventana de la cocina dos palomas blancas, después dos tórtolas y por último comenzaron a revolotear alrededor del hogar todos los pájaros del cielo que acabaron por bajar a la ceniza y las palomas picoteaban con sus piquitos diciendo pi, pi, y los demás pájaros comenzaron a decir también pi, pi, y pusieron todas las lentejas buenas en el plato, y aun no había transcurrido media hora, cuando ya estaba todo

concluido y se marcharon volando. Llevó la niña llena de alegría el plato a su madrastra, creyendo que le permitiría ir a la boda, pero le dijo:

—Todo es inútil, no puedes venir, porque no tienes vestido y no sabes bailar; se reirían de nosotras

—le volvió entonces la espalda y se marchó con sus orgullosas hijas.

En cuanto quedó sola en casa, fue la Cenicienta al sepulcro de su madre, debajo del árbol, y comenzó a decir:

Arbolito pequeño, dame un vestido;
que sea, de oro y plata, muy bien tejido.

El pájaro le dio entonces un vestido de oro y plata y unos zapatos bordados de plata y seda; en seguida se puso el vestido y se marchó a la boda; sus hermanas y madrastra no la conocieron, creyendo sería alguna princesa extranjera, pues les pareció muy hermosa con su vestido de oro, y ni aun se acordaban de la Cenicienta, creyendo estaría mondando lentejas sentada en el hogar. Salió a su encuentro el hijo del rey, la tomó de la mano y bailó con ella, no permitiéndole bailar con nadie, pues no la soltó de la mano, y si se acercaba algún otro a invitarla, le decía:

—Es mi pareja.

Bailó hasta el amanecer y entonces decidió marcharse; el príncipe le dijo:

—Iré contigo y te acompañaré —pues deseaba saber quién era aquella joven, pero ella se despidió y saltó al palomar, entonces aguardó el hijo del rey a que fuera su padre y le dijo que la doncella extranjera había saltado al palomar. El anciano creyó que debía ser la Cenicienta; trajeron una piqueta y un martillo para derribar el palomar, pero no había nadie dentro, y cuando llegaron a la casa de la Cenicienta, la encontraron sentada en el hogar con sus sucios vestidos y un turbio candil ardía en la chimenea, pues la Cenicienta había entrado y salido muy ligera del palomar y luego había corrido hacia el sepulcro de su madre, donde se quitó los hermosos vestidos que se llevó el pájaro y después se fue a sentar con su basquiña gris a la cocina.

Al día siguiente, cuando llegó la hora en que iba a principiar la fiesta y se marcharon sus padres y hermanas, corrió la Cenicienta junto al arbolito y dijo:

Arbolito pequeño, dame un vestido;
que sea, de oro y plata, muy bien tejido.

Diole entonces el pájaro un vestido mucho más hermoso que el del día anterior y cuando se presentó en la boda con aquel traje, dejó a todos admirados de su extraordinaria belleza; el príncipe que le estaba aguardando, la cogió de la mano y bailó toda la noche con ella; cuando iba algún otro a invitarla, decía:

—Es mi pareja.

Al amanecer manifestó deseos de marcharse, pero el hijo del rey la siguió para ver la casa en que entraba, más de pronto se metió en el jardín de detrás de la casa. Había en él un hermoso árbol muy grande, del cuál colgaban hermosas peras; la Cenicienta

trepó hasta sus ramas y el príncipe no pudo saber por dónde había ido, pero aguardó hasta que vino su padre y le dijo:

—La doncella extranjera se me ha escapado; me parece que ha saltado al peral. El padre creyó que debía ser la Cenicienta; mandó traer una hacha y derribó el árbol, pero no había nadie en él, y cuando llegaron a la casa, estaba la Cenicienta sentada en el hogar, como la noche anterior, pues había saltado por el otro lado del árbol y fue corriendo al sepulcro de su madre, donde dejó al pájaro sus hermosos vestidos y tomó su basquiña gris.

Al día siguiente, cuando se marcharon sus padres y hermanas, fue también la Cenicienta al sepulcro de su madre y dijo al arbolito:

Arbolito pequeño, dame un vestido;
que sea, de oro y plata, muy bien tejido.

Dióle entonces el pájaro un vestido que era mucho más hermoso y magnífico que ninguno de los anteriores, y los zapatos eran todos de oro, y cuando se presentó en la boda con aquel vestido, nadie tenía palabras para expresar su asombro; el príncipe bailó toda la noche con ella y cuando se acercaba alguno a invitarla, le decía:

—Es mi pareja.

Al amanecer se empeñó en marcharse la Cenicienta, y el príncipe en acompañarla, mas se escapó con tal ligereza que no pudo seguirla, pero el hijo del rey había mandado untar toda la escalera de pez y se quedó pegado en ella el zapato izquierdo de la joven; levantole el príncipe y vio que era muy pequeño, bonito y todo de oro. Al día siguiente fue a ver al padre de la Cenicienta y le dijo:

—He decidido que sea mi esposa, la que venga bien este zapato de oro.

Alegráronse mucho las dos hermanas porque tenían los pies muy bonitos; la mayor entró con el zapato en su cuarto para probárselo, su madre estaba a su lado, pero no se lo podía meter, porque sus dedos eran demasiado largos y el zapato muy pequeño; al verlo le dijo su madre alargándole un cuchillo:

—Córtate los dedos, pues cuando seas reina no irás nunca a pie.

La joven se cortó los dedos; metió el zapato en el pie, ocultó su dolor y salió a reunirse con el hijo del rey, que la subió a su caballo como si fuera su novia, y se marchó con ella, pero tenía que pasar por el lado del sepulcro de la primera mujer de su padrastro, en cuyo árbol había dos palomas, que comenzaron a decir.

No sigas más adelante, detente a ver un instante,
que el zapato es muy pequeño y esa novia no es su dueño.

Se detuvo, le miró los pies y vio correr la sangre; volvió su caballo, condujo a su casa a la novia fingida y dijo que no era la que había pedido, que se probase el zapato la otra hermana. Entró ésta en su cuarto y se lo metió bien por delante, pero el talón era demasiado grueso; entonces su madre le alargó un cuchillo y le dijo:

—Córtate un pedazo del talón, pues cuando seas reina, no irás nunca a pie.

La joven se cortó un pedazo de talón, metió un pie en el zapato, y ocultando el dolor, salió a ver al hijo del rey, que la subió en su caballo como si fuera su novia y se marchó con ella; cuando pasaron delante del árbol había dos palomas que comenzaron a decir:

No sigas más adelante, detente a ver un instante,
que el zapato es muy pequeño y esa novia no es su dueño.

Se detuvo, le miró los pies, y vio correr la sangre, volvió su caballo y condujo a su casa a la novia fingida:

—Tampoco es esta la que busco, —dijo—. ¿Tenéis otra hija?

—No, —contestó el marido—; de mi primera mujer tuve una pobre chica, a la que llamamos la Cenicienta, porque está siempre en la cocina, pero esa no puede ser la novia que buscáis.

El hijo del rey insistió en verla, pero la madre le replicó:

—No, no, está demasiado sucia para atreverme a enseñarla.

Se empeñó, sin embargo, en que saliera y hubo que llamar a la Cenicienta. Se lavó primero la cara y las manos, y salió después ante la presencia del príncipe que le alargó el zapato de oro; se sentó en su banco, sacó de su pie el pesado zueco y se puso el zapato que le venía perfectamente, y cuando se levantó y le vio el príncipe la cara, reconoció a la hermosa doncella que había bailado con él, y dijo:

—Esta es mi verdadera novia.

La madrastra y las dos hermanas se pusieron pálidas de ira, pero él subió a la Cenicienta en su caballo y se marchó con ella, y cuando pasaban por delante del árbol, dijeron las dos palomas blancas.

Sigue, príncipe, sigue adelante sin parar un solo instante, pues ya encontraste el dueño del zapatito pequeño.

Después de decir esto, echaron a volar y se pusieron en los hombros de la Cenicienta, una en el derecho y otra en el izquierdo.

Cuando se verificó la boda, fueron las falsas hermanas a acompañarla y tomar parte en su felicidad, y al dirigirse los novios a la iglesia, iba la mayor a la derecha y la menor a la izquierda, y las palomas que llevaba la Cenicienta en sus hombros picaron a la mayor en el ojo derecho y a la menor en el izquierdo, de modo que picaron a cada una en un ojo; a su regreso se puso la mayor a la izquierda y la menor a la derecha, y las palomas picaron a cada una en el otro ojo, quedando ciegas toda su vida por su falsedad y envidia.

El pescador y su mujer

Había una vez un pescador que vivía con su mujer en una choza a la orilla del mar. El pescador iba todos los días a echar su anzuelo, y lo echaba y lo echaba sin cesar.

Estaba un día sentado junto a su caña en la ribera, con la vista dirigida hacia su límpida agua, cuando de repente vio hundirse el anzuelo y bajar hasta lo más profundo y al sacarlo tenía en la punta un barbo muy grande, el cual le dijo:

—Te suplico que no me quites la vida; no soy un barbo verdadero, soy un príncipe encantado; ¿de qué te serviría matarme si no puedo serte de mucho regalo? Échame al agua y déjame nadar.

—Ciertamente, —le dijo el pescador—, no tenías necesidad de hablar tanto, pues no haré tampoco otra cosa que dejar nadar a sus anchas a un barbo que sabe hablar.

Le echó al agua y el barbo se sumergió en el fondo, dejando tras sí una larga huella de sangre. El pescador se fue a la choza con su mujer:

—Marido mío, —le dijo—, ¿no has cogido hoy nada?

—No, —contestó el marido—; he cogido un barbo que me ha dicho ser un príncipe encantado y le he dejado nadar lo mismo que antes.

—¿No le has pedido nada para ti? —replicó la mujer.

—No, —repuso el marido—; ¿y qué había de pedirle?

—¡Ah! —respondió la mujer—; es tan triste, es tan triste vivir siempre en una choza tan sucia e infecta como esta; le hubieras pedido una casa pequeñita para nosotros; vuelve y llama al barbo, dile que quisiéramos tener una casa pequeñita, pues nos la dará de seguro.

—¡Ah! —dijo el marido—, ¿y por qué he de volver?

—¿No le has cogido, —continuó la mujer—, y dejado nadar como antes? Pues lo harás; ve corriendo.

El marido no hacía mucho caso; sin embargo, fue a la orilla del mar, y cuando llegó allí, la vio toda amarilla y toda verde, se acercó al agua y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino, hermoso pescado, pequeño vecino, mi pobre Isabel grita y se enfurece, es preciso darle lo que se merece. El barbo avanzó hacia él y le dijo:

—¿Qué quieres?

—¡Ah! —repuso el hombre—, hace poco que te he cogido; mi mujer sostiene que hubiera debido pedirte algo. No está contenta con vivir en una choza de juncos, quisiera mejor una casa de madera.

—Puedes volver, —le dijo el barbo—, pues ya la tienes.

Volvió el marido y su mujer no estaba ya en la choza, pero en su lugar había una casa pequeña, y su mujer estaba a la puerta sentada en un banco. Le cogió de la mano y le dijo:

—Entra y mira: esto es mucho mejor.

Entraron los dos y hallaron dentro de la casa una bonita sala y una alcoba donde estaba su lecho, un comedor y una cocina con su espetera de cobre y estaño muy reluciente, y todos los demás utensilios completos. Detrás había un patio pequeño con gallinas y patos, y un canastillo con legumbres y frutas.

—¿Ves, —le dijo la mujer—, qué bonito es esto?

—Sí, —le dijo el marido—; si vivimos aquí siempre, seremos muy felices.

—Veremos lo que nos conviene, —replicó la mujer. Después comieron y se acostaron.

Continuaron así durante ocho o quince días, pero al fin dijo la mujer:

—¡Escucha, marido mío: esta casa es demasiado estrecha, el patio y el huerto son tan pequeños!... El barbo hubiera debido en realidad darnos una casa mucho más grande. Yo quisiera vivir en un palacio de piedra; ve a buscar al barbo; es preciso que nos dé un palacio.

—¡Ah!, mujer, —replicó el marido—, esta casa es en realidad muy buena; ¿de qué nos serviría vivir en un palacio?

—Ve, —dijo la mujer—, el barbo puede muy bien hacerlo.

—No, mujer, —replicó el marido—, el barbo acaba de darnos esta casa, no quiero volver, temería importunarle.

—Ve, —insistió la mujer—, puede hacerlo y lo hará con mucho gusto; ve, te digo. El marido sentía en el alma dar este paso, y no tenía mucha prisa, pues se decía:

—No me parece bien, —pero obedeció sin embargo.

Cuando llegó cerca del mar, el agua tenía un color de violeta y azul oscuro, pareciendo próxima a hincharse; no estaba verde y amarilla como la vez primera; sin embargo, reinaba la más completa calma. El pescador se acercó y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino, hermoso pescado, pequeño vecino, mi pobre Isabel grita y se enfurece, es preciso darle lo que se merece.

—¿Qué quiere tu mujer? —dijo el barbo.

—¡Ah! —contestó el marido medio turbado—, quiere habitar un palacio grande de piedra.

—Vete, —replicó el barbo—, la encontrarás a la puerta.

Marchó el marido, creyendo volver a su morada; pero cuando se acercaba a ella, vio en su lugar un gran palacio de piedra. Su mujer, que se hallaba en lo alto de las gradas, iba a entrar dentro; le cogió de la mano y le dijo:

—Entra conmigo.

La siguió. Tenía el palacio un inmenso vestíbulo, cuyas paredes eran de mármol; numerosos criados abrían las puertas con gran estrépito delante de sí; las paredes resplandecían y estaban cubiertas de hermosas colgaduras; las sillas y las mesas de las habitaciones eran de oro; veíanse suspendidas de los techos millares de arañas de cristal y había alfombras en todas las salas y piezas; las mesas estaban cargadas de los vinos y manjares más exquisitos, hasta el punto que parecía iban a romperse bajo su peso. Detrás del palacio había un patio muy grande, con establos para las vacas, caballerizas para los caballos y magníficos coches; había además un grande y hermoso jardín, adornado de las flores más hermosas y de árboles frutales, y por último, un parque de por lo menos una legua de largo, donde se veían ciervos, gamos, liebres y todo cuanto se pudiera apetecer.

—¿No es muy hermoso todo esto? —dijo la mujer.

—¡Oh!, ¡sí! —repuso el marido—; quedémonos aquí y viviremos muy contentos.

—Ya reflexionaremos, —dijo la mujer—, durmamos primero —y nuestras gentes se acostaron.

A la mañana siguiente despertó la mujer siendo ya de día y vio desde su cama la hermosa campiña que se ofrecía a su vista; el marido se estiró al despertarse; dióle ella con el codo y le dijo:

—Marido mío, levántate y mira por la ventana; ¿ves?, ¿no podíamos llegar a ser reyes de todo este país? Corre a buscar al barbo y seremos reyes.

—¡Ah!, mujer, —repuso el marido—, y por qué hemos de ser reyes, yo no tengo ganas de serlo.

—Pues si tú no quieres ser rey, —replicó la mujer—, yo quiero ser reina. Ve a buscar al barbo, yo quiero ser reina.

—¡Ah!, mujer, —insistió el marido—; ¿para qué quieres ser reina? Yo no quiero decirle eso.

—¿Y por qué no? —dijo la mujer—; ve al instante; es preciso que yo sea reina.

El marido fue, pero estaba muy apesadumbrado de que su mujer quisiese ser reina. No me parece bien, no me parece bien, pensaba para sí. No quiero ir; y fue sin embargo.

Cuando se acercó al mar, estaba de un color gris, el agua subía a borbotones desde el fondo a la superficie y tenía un olor fétido; se adelantó y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino, hermoso pescado, pequeño vecino, mi pobre Isabel grita y se enfurece; es preciso darle lo que se merece.

—¿Y qué quiere tu mujer? —dijo el barbo.

—¡Ah! —contestó el marido—; quiere ser reina.

—Vuelve, que ya lo es, —replicó el barbo.

Partió el marido y cuando se acercaba al palacio, vio que se había hecho mucho mayor y tenía una torre muy alta decorada con magníficos adornos. A la puerta había

guardias de centinela y una multitud de soldados con trompetas y timbales. Cuando entró en el edificio vio por todas partes mármol del más puro, enriquecido con oro, tapices de terciopelo y grandes cofres de oro macizo. Le abrieron las puertas de la sala: toda la corte se hallaba reunida y su mujer estaba sentada en un elevado trono de oro y de diamantes; llevaba en la cabeza una gran corona de oro, tenía en la mano un cetro de oro puro enriquecido de piedras preciosas, y a su lado estaban colocadas en una doble fila seis jóvenes, cuyas estaturas eran tales, que cada una le llevaba la cabeza a la otra. Se adelantó y dijo:

—¡Ah, mujer!, ¿ya eres reina?

—Sí, —le contestó—, ya soy reina.

Se colocó delante de ella y la miró, y en cuanto la hubo contemplado por un instante, dijo:

—¡Ah, mujer!, ¡qué bueno es que seas reina! Ahora no tendrás ya nada que desear.

—De ningún modo, marido mío, —le contestó muy agitada—; hace mucho tiempo que soy reina, quiero ser mucho más. Ve a buscar al barbo y dile que ya soy reina, pero que necesito ser emperatriz.

—¡Ah, mujer! —replicó el marido—, yo sé que no puede hacerte emperatriz y no me atrevo a decirle eso.

—¡Yo soy reina, —dijo la mujer—, y tú eres mi marido! Ve, si ha podido hacernos reyes, también podrá hacernos emperadores. Ve, te digo.

Tuvo que marchar; pero al alejarse se hallaba turbado y se decía a sí mismo:

—No me parece bien. ¿Emperador? Es pedir demasiado y el barbo se cansará.

Pensando esto vio que el agua estaba negra y hervía a borbotones, la espuma subía a la superficie y el viento la levantaba soplando con violencia, se estremeció, pero se acercó y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino, hermoso pescado, pequeño vecino, mi pobre Isabel grita y se enfurece, es preciso darle lo que se merece.

—¿Y qué quiere? —dijo el barbo.

—¡Ah, barbo! —le contestó—; mi mujer quiere llegar a ser emperatriz.

—Vuelve, —dijo el barbo—; lo es desde este instante.

Volvió el marido y cuando estuvo de regreso, todo el palacio era de mármol pulimentado, enriquecido con estatuas de alabastro y adornado con oro. Delante de la puerta había muchas legiones de soldados que tocaban trompetas, timbales y tambores; en el interior del palacio los barones, los condes y los duques iban y venían en calidad de simples criados y le abrían las puertas, que eran de oro macizo. En cuanto entró, vio a su mujer sentada en un trono de oro de una sola pieza y de más de mil pies de alto, llevaba una enorme corona de oro de cinco codos, guarnecida de brillantes y carbunclos; en una mano tenía el cetro y en la otra el globo imperial; a un lado estaban sus guardias en dos filas, más pequeños unos que otros; además había

gigantes enormes de cien pies de alto y pequeños enanos que no eran mayores que el dedo pulgar.

Delante de ella había de pie una multitud de príncipes y duques: el marido avanzó por en medio de ellos, y le dijo:

—Mujer, ya eres emperatriz.

—Sí, —le contestó—, ya soy emperatriz.

Entonces se puso delante de ella y comenzó a mirarla y le parecía que veía al sol. En cuanto la hubo contemplado así un momento:

—¡Ah, mujer, —le dijo—, qué buena cosa es ser emperatriz! Pero permanecía tiesa, muy tiesa y no decía palabra.

Al fin exclamó el marido:

—¡Mujer, ya estarás contenta, ya eres emperatriz! ¿Qué más puedes desear?

—Veamos, —contestó la mujer.

Fueron enseguida a acostarse, pero ella no estaba contenta; la ambición le impedía dormir y pensaba siempre en ser todavía más.

El marido durmió profundamente; había andado todo el día, pero la mujer no pudo descansar un momento; se volvía de un lado a otro durante toda la noche, pensando siempre en ser todavía más; y no encontrando nada por qué decidirse. Sin embargo, comenzó a amanecer y cuando percibió la aurora se incorporó un poco y miró hacia la luz y al ver entrar por su ventana los rayos del sol...

—¡Ah! —pensó—; ¿por qué no he de poder mandar salir al Sol y a la Luna? Marido mío, —dijo empujándole con el codo—, ¡despiértate, ve a buscar al barbo; quiero ser semejante a Dios!

El marido estaba dormido todavía, pero se asustó de tal manera, que se cayó de la cama. Creyendo que había oído mal, se frotó los ojos y preguntó:

—¡Ah, mujer! ¿Qué dices?

—Marido mío, si no puedo mandar salir al Sol y a la Luna y si es preciso que los vea salir sin orden mía, no podré descansar y no tendré una hora de tranquilidad, pues estaré siempre pensando en que no los puedo mandar salir.

Y al decir esto le miró con un ceño tan horrible, que sintió bañarse todo su cuerpo de un sudor frío.

—Ve al instante, quiero ser semejante a Dios.

—¡Ah, mujer! —dijo el marido arrojándose a sus pies—; el barbo no puede hacer eso; ha podido muy bien hacerte reina y emperatriz, pero, te lo suplico, conténtate con ser emperatriz.

Entonces echó a llorar; sus cabellos volaron en desorden alrededor de su cabeza, despedazó su cinturón y dio a su marido un puntapié gritando:

—No puedo, no quiero contentarme con esto; marcha al instante.

El marido se vistió rápidamente y echó a correr, como un insensato.

Pero la tempestad se había desencadenado y rugía furiosa; las casas y los árboles se movían; pedazos de roca rodaban por el mar y el cielo estaba completamente negro; tronaba, relampagueaba y el mar levantaba olas negras tan altas como campanarios y montañas y todas llevaban en su cima una corona blanca de espuma. Púsose a gritar, pues apenas podía oírse él mismo sus propias palabras:

Tararira ondino, tararira ondino, hermoso pescado, pequeño vecino, mi pobre Isabel grita y se enfurece, es preciso darle lo que se merece.

—¿Qué quieres tú, amigo? —dijo el barbo.

—¡Ah, —contestó—, quiere ser semejante a Dios!

—Vuelve y la encontrarás en la choza. Y a estas horas viven allí todavía.

Juanita y Juanito

En medio de un espeso bosque había un antiguo castillo habitado únicamente por una anciana, la cual era hechicera, por el día se convertía en gato o ave nocturna, mas por la noche volvía a tomar su forma humana. Cogía y cazaba animales y pájaros, los mataba, los cocía y se los comía; si se acercaba alguien a cien pasos de su castillo, se quedaba parado en el sitio por donde se había acercado; del cual no se podía mover, hasta que ella se lo permitía; si era una doncella la que entraba en aquel círculo, la convertía en pájaro, la encerraba en una jaula y la llevaba a una habitación del castillo donde había llegado a reunir unas setecientas jaulas de este género.

Había por entonces una doncella, llamada Juanita, que era mucho más hermosa que todas las doncellas de su edad, la cual se hallaba prometida a un joven, también muy buen mozo, llamado Juanito; hallábanse próximos a contraer matrimonio y no tenían más placer que estar juntos y para poder hablar con mas confianza, iban al bosque a pasear.

—Guárdate, —le decía Juanito—, de acercarte mucho al castillo.

Pero una hermosa tarde, cuando el sol iluminaba la verde yerba del bosque a través de las copas de los árboles y las tórtolas expresaban sus quejas en animados gorjeos, Juanita se puso a escucharlas y comenzó a llorar, y al verla Juanito echó a llorar también. Estaban tan turbados como si se hallaran próximos a la muerte; miraron a su alrededor, se habían perdido e ignoraban por dónde debían volver a su casa. El sol estaba ocultándose detrás de la montaña; Juanito miró a través de los árboles y vio que se hallaban próximos a las viejas paredes del castillo, se asustó, quedó pálido y desfallecido. Juanita comenzó a cantar:

Pajarillo, pajarillo, el del dorado collar;

¿qué cantas, qué cantas, dime? cantas, cantas tu pesar.

¿Qué canta mi palomita, qué cantas, dímelo tú, cantas acaso su muerte? Cántala tú, sí, tú, sí, tú.

Juanito miró a Juanita, la cual se había convertido en un ruiseñor, que cantaba, sí, tú, sí, tú. Un ave, nocturna de brillantes ojos voló tres veces alrededor de ella y gritó también tres veces: ¡hu, hu, hu! Juanito no podía moverse, estaba como petrificado, no podía llorar, ni hablar, ni menear ni la mano, ni el pie. Acababa de ponerse el sol, voló el ave a un arbusto y al poco rato salió de detrás de él una vieja pálida y flaca; con grandes ojos colorados, nariz aplastada y retorcida por la punta, que le llegaba hasta la barba. Murmuró algunas palabras, llamó al ruiseñor y le cogió con la mano.

Juanito no podía hablar, ni moverse del sitio donde se hallaba; el ruiseñor desapareció. Volvió luego la mujer y dijo con voz ronca:

—Yo te saludo, la luna ha aparecido en el cielo, estás libre; sea en buen hora. Y Juanito quedó en libertad.

Arrojose entonces a los pies de aquella mujer y le suplicó le permitiese llevarse a su Juanita, mas ella le dijo que no lo conseguiría jamás y se marchó. La llamó, lloró, se lamentó, todo fue en vano.

—¡Oh, qué va a ser de mí!

Juanito echó a andar hasta que llegó a una aldea lejana; donde guardó ovejas por mucho tiempo. Con frecuencia iba a dar una vuelta alrededor del castillo, pero nunca se acercaba; al fin soñó una noche que se había encontrado una rosa de color de sangre, en cuyo centro había una perla muy grande; cogió la rosa, se marchó al castillo y todo lo que tocaba con ella quedaba desencantado; también soñó haber vuelto a reunirse con su Juanita. Cuando despertó por la mañana comenzó a buscar por las montañas y valles para ver si encontraba una rosa como la que había soñado, la buscó nueve días seguidos y una mañana halló una rosa de color de sangre; en su centro había una gota de rocío tan grande como una hermosa perla. Dirigióse al castillo con su rosa, no se quedó petrificado y pudo seguir andando hasta llegar a la puerta.

Juanito se puso muy alegre, tocó las puertas con la flor y se abrieron; entró y se detuvo en el patio para escuchar dónde se oía el canto de los pájaros, hasta que le oyó al fin; se dirigió hacia aquel punto y se encontró en un salón en el cual se hallaba la hechicera rodeada de siete mil jaulas de pájaros.

Cuando vio a Juanito se encolerizó mucho, gritó y le arrojó hiel y veneno, pero no pudo acercarse a dos pasos de él, sin embargo, no quiso retroceder y siguió recorriendo las jaulas llenas de pájaros; pero contenían muchos centenares de ruiseñores; ¿cómo encontrar a su Juanita?

Hallándose en esto, se acercó la vieja a hurtadillas a una jaula que tenía un pájaro al cual abrió la puerta; fue corriendo, tocó la jaula con la flor y también a la vieja, que desde entonces no podía encantar ya a nadie y se encontró al lado de Juanita que se arrojó a su cuello mucho más hermosa de lo que había estado nunca.

Volvió antes de marcharse a todos los pájaros a su primitivo ser de doncellas y se fue con su Juanita a su casa, donde vivieron por mucho tiempo felices y contentos.

El joven gigante

Un labrador tenía un hijo tan grande como el dedo pulgar. Nunca crecía y en muchos años su estatura no se aumentó ni en un solo dedo. Un día que iba su padre a trabajar al campo, le dijo el pequeñillo:

—Padre, quiero ir contigo.

—¿Venir conmigo? —dijo el padre—; ¡quédate ahí! Fuera de casa no servirías más que para incomodar; y además podrías perderte.

Pero el enano echó a llorar y por tener paz se le metió a su padre en el bolsillo y le llevó consigo. En cuanto llegó a la tierra que iba a arar, le sentó en un surco recién abierto.

Estando allí se apareció un gigante muy grande que venía del otro lado de las montañas:

—Mira, el coco, —le dijo su padre—, que quería meter miedo a su hijo para que fuera más obediente; viene a cogerte. Pero el gigante, que había oído esto, llegó en dos pasos al surco, cogió al enanito y se le llevó sin decir una palabra. El padre, mudo de asombro, no tuvo fuerzas ni aun para dar un grito. Creyó perdido a su hijo y no esperó volverle a ver más.

El gigante se lo llevó a su casa y lo crió por sí mismo, el enanito tomó de repente una gran estatura, creció y llegó a ser parecido a un gigante. Al cabo de dos años el gigante fue con él al bosque, para probarle, le dijo:

—Cógeme una varilla.

El muchacho era ya tan fuerte, que arrancó de la tierra un arbolito con raíces. Pero el gigante se propuso que creciera todavía más y llevándoselo consigo, le crió todavía durante otros dos años. Al cabo de este tiempo, habían aumentado de tal modo sus fuerzas, que arrancaba de la tierra un árbol aunque fuera muy viejo. Pero esto no era suficiente para el gigante; lo crió todavía durante otros dos años, al cabo de los cuales fue con él al bosque y le dijo:

—Cógeme un palo de un tamaño regular.

El joven arrancó de la tierra la encina mayor del bosque, que dio un horrible estallido, no siendo este esfuerzo más que un juego para él.

—Está bien, —dijo el gigante—, ya ha concluido tu educación.

Y le llevó a la tierra donde le había cogido. Hallábase ocupado en labrar su padre, cuando se acercó a él el joven gigante y le dijo:

—Ya estoy aquí, padre mío, hecho todo un hombre. El labrador, asustado, exclamó:

—No, tú no eres mi hijo, yo no te quiero; márchate.

—Sí, yo soy vuestro hijo. Dejadme trabajar en lugar vuestro. Yo araré tan bien y mejor que vos.

—No, no, tú no eres mi hijo, y tú no sabes arar; márchate.

Pero, como tenía miedo al coloso, dejó el arado y se puso a alguna distancia. Entonces, el joven, cogiendo su instrumento con una sola mano, se apoyó encima con tal fuerza, que la reja se hundió profundamente en la tierra. El labrador no pudo dejar de gritarle:

—Si quieres arar, no debes profundizar tanto, pues te saldrá muy mal el trabajo.

El joven desenganchó entonces los caballos y se enganchó al arado, diciendo a su padre:

—Id a casa, y decid a mi madre que me prepare una comida abundante; entretanto acabaré de arar esta tierra.

El labrador fue a su casa y se lo dijo todo a su mujer. En cuanto al joven gigante, aró toda la tierra, que tendría muy bien dos fanegas, por sí solo, y enseguida la rastrilló arrastrando dos rastrillos a la vez. Cuando hubo concluido fue al bosque, arrancó dos encinas que se echó al hombro y colgando en la una los dos rastrillos y en la otra los dos caballos, lo llevó todo a casa de sus padres con la misma facilidad que si fuera una paja.

Cuando entró en el patio, su madre, que no le conocía, exclamó:

—¿Quién es ese horrible gigante?

—Es nuestro hijo, —dijo el labrador.

—No, —dijo ella—, no es nuestro hijo; nuestro hijo ha muerto ya. Nosotros no hemos tenido nunca ninguno tan grande: el nuestro era muy pequeñito.

Y dirigiéndose a él:

—Márchate, —le gritó—; nosotros no te queremos.

El joven no le contestó. Llevó los caballos a la cuadra, les dio heno y avena y los cuidó perfectamente. Después, cuando hubo concluido, entró en el cuarto y sentándose en el banco:

—Madre, —dijo—, tengo hambre, ¿está pronta la comida?

—Sí, —respondió, y puso delante de él dos platos muy grandes, llenos hasta arriba y que hubieran bastado para comer ella y su marido durante ocho días.

El joven se comió todo; enseguida preguntó si había algo más.

—No; eso es todo lo que tenemos.

—Eso apenas ha bastado para abrirme el apetito; necesito otra cosa.

La madre no se atrevió a negarse: puso a la lumbre una marmita muy grande, llena de tocino y se le dio en cuanto estuvo cocido.

—Vamos, —dijo—, ahora ya se puede tomar un bocado.

Y se lo tragó todo sin que se le quitase el hambre. Entonces dijo a su padre:

—Veo que en casa no hay lo que necesito para comer. Buscadme una barra de hierro, bastante fuerte, que no se rompa encima de mi rodilla y me iré a correr el mundo.

El labrador estaba admirado. Enganchó los dos caballos al carro y trajo de la fragua una barra de hierro tan grande y tan gruesa que apenas podían arrastrarla los dos caballos.

El joven la cogió y la rompió en su rodilla como una paja; tiró los pedazos a un lado. El padre enganchó cuatro caballos y trajo otra barra de hierro, mucho más grande y fuerte que la primera. Pero su hijo la rompió también encima de la rodilla, diciendo:

Esta tampoco vale nada, traedme otra más fuerte. El padre enganchó por último ocho caballos y trajo una que apenas podían arrastrarla todos ellos. En cuanto la cogió el hijo en su mano, rompió un poco de una punta y dijo a su padre:

—Ahora veo que no podéis procurarme una barra de hierro como la que necesito. Me marcho de vuestra casa.

Para correr el mundo se hizo herrero. Llegó a una ciudad donde había un herrero muy avaro que no daba nunca nada a nadie y quería guardárselo todo para él solo. Se presentó en la fragua y le pidió trabajo. El maestro se admiró de ver un joven tan vigoroso y contó con que daría buenos martillazos y ganaría bien su dinero.

—¿Cuánto quieres de jornal? —le preguntó.

—Nada, —respondió el otro—, pero cada quincena cuando pagues a los demás quiero darte dos puñetazos, que quedarás obligado a recibir.

El avaro quedó muy satisfecho del contrato que le ahorraba mucho dinero. Al día siguiente el oficial forastero fue el que dio el primer martillazo cuando el maestro llevó la barra de hierro, ardiendo; le dio tal golpe, que el hierro se rompió y saltó, y el yunque se hundió tan profundamente en el suelo que no pudieron volverle a sacar. El maestro, incómodo, le dijo:

—No sirves para el oficio, porque pegas muy fuerte; ¿qué quieres que te dé por ese martillazo que has pegado?

—No quiero más que darte un puntillazo, uno solo.

Y le dio tal puntillazo, que le hizo saltar por encima de cuatro carros de heno. Después buscó la barra de hierro más gruesa que pudo hallar en la fragua y cogiéndola como un bastón, continuó su camino.

Un poco más lejos llegó a una granja y preguntó a su dueño si necesitaba algún criado.

—Sí —le respondió—, necesito uno. Tú me pareces un muchacho muy vigoroso y que sabes tu obligación. Pero ¿cuanto quieres de salario?

Le respondió que no quería salario, que se contentaba con darle todos los años tres trompis, que se obligaría a recibir. El extranjero se alegró mucho de este contrato porque era también muy avaricioso.

Al día siguiente había que ir a buscar madera al bosque, los otros criados estaban ya de pie, pero nuestro joven se hallaba aun en la cama. Uno de ellos le gritó:

—Levántate, que ya es hora, vamos al bosque y es preciso que vengas con nosotros.

—Id delante, —le contestó bruscamente—, yo estaré de vuelta mucho antes que vosotros.

Los otros fueron a buscar al amo y le dijeron que el criado nuevo estaba todavía acostado y no quería ir con ellos al bosque. El amo les dijo que fueran a despertarle otra vez y le dieron orden de enganchar los caballos. Pero nuestro hombre les volvió a responder:

—Id delante, que yo estaré de vuelta antes que vosotros.

Todavía estuvo acostado dos horas; al cabo de este tiempo se levantó y después de haber cogido dos fanegas de guisantes y hacerse un buen cocido que comió tranquilamente enganchó los caballos para conducir la carreta al bosque. Para llegar a este sitio había que pasar por un camino que se hallaba en una hondonada; hizo pasar primero la carreta, después, deteniendo los caballos volvió atrás, cubrió el camino con árboles y malezas, de modo que no era posible pasar. Cuando entró en el bosque los otros volvían ya con sus carretas cargadas y les dijo:

—Id delante, que yo estaré en casa antes que vosotros.

Sin andar más, se contentó con arrancar dos árboles enormes que echó en su carreta y después se volvió por el mismo camino. Cuando los halló detenidos y sin poder pasar delante de los árboles que había preparado con aquel objeto les dijo:

—Si os hubierais quedado en casa esta mañana como yo, habríais dormido una hora más y no entraríais esta noche otra hora más tarde.

Y como no podían avanzar sus caballos, los desenganchó, los puso encima de la carreta y cogiendo él mismo la lanza en la mano, cargó con todo como si fuera un puñado de plumas. Cuando estuvo al otro lado:

—Ved, —les dijo—, como llego mucho antes que vosotros; —y continuó su camino sin aguardarlos. Al llegar cogió un árbol en la mano, y le enseñó al amo, diciendo:

—¿No es este un hermoso tronco? El amo dijo a su mujer:

—Este es un buen criado, si se levanta más tarde que los demás, también está de regreso antes que ellos.

Sirvió al granjero durante un año. Cuando éste expiró y recibieron su salario los otros criados, quiso también cobrarse el suyo. Pero el amo, atemorizado por la perspectiva de los golpes que tenía que recibir, le suplicó en el acto se los perdonase, declarándole que prefería ser él mismo su criado y cederle la granja.

—No, —le respondió—, yo no quiero la granja, soy criado y quiero continuar siéndolo, pero lo que se ha convenido debe ejecutarse.

El granjero le ofreció darle todo lo que quisiera, pero fue en vano, pues respondía siempre:

—No.

Le pidió un plazo de quince días para buscar alguna escapatoria. El otro consintió.

El arrendatario reunió entonces a todos sus criados y les pidió su parecer. Después de haber reflexionado por mucho tiempo respondieron que con un criado semejante nadie estaba seguro de su vida y que mataría a un hombre como a una mosca. Fueron, pues, de parecer que se le hiciera bajar al pozo, so protesto de limpiarle, y en cuanto estuviera abajo, echarle encima de la cabeza una porción de piedras de molino que estaban allí cerca, de modo que le matasen en el acto.

El consejo agradó al arrendatario y el criado se apresuró a bajar al pozo. En cuanto estuvo en el fondo, le arrojaron aquellas enormes piedras creyendo que le desharían la cabeza, pero él les gritaba desde abajo:

—Echad las gallinas de ahí, arañan en la arena y me cae en los ojos, me han cegado.

El arrendatario hizo ¡spcha! ¡spcha! como si echara las gallinas. Cuando concluyó y subió el criado.

—Mira; —le dijo—, qué hermoso collar.

Era la mayor de las piedras que tenía alrededor del cuello.

El criado seguía exigiendo su salario, pero el arrendatario le pidió otros quince días, decidido a reflexionarlo. Sus criados le aconsejaron enviase al joven a un molino encantado para moler el grano durante la noche, pues nadie había salido vivo al día siguiente. Este consejo agradó al arrendatario y en el mismo instante envió a su criado al molino a llevar ocho fanegas de trigo y molerlas durante la noche, porque estaban ya haciendo falta. El criado echó dos fanegas de trigo en su bolsillo derecho, dos en el izquierdo, se cargó cuatro en una alforja, dos por delante y dos por detrás, y marchó corriendo al molino. El molinero le dijo que podía muy bien moler de día y no de noche, pues todos los que se aventuraban a ello, habían aparecido muertos a la mañana siguiente.

—No moriré yo; idos a costar y dormid sin cuidado.

Y entrando en el molino empezó a moler el trigo como si no se tratase de nada.

Hacia las once de la noche entró en el cuarto del molinero y se sentó en un banco. Al cabo de un instante se abrió la puerta por sí misma y vio entrar una mesa muy grande, en la que se colocaron por sí solos una multitud de platos y de botellas llenos de las cosas más exquisitas, sin que apareciera nadie para llevarlos. Los taburetes se colocaron también alrededor de la mesa, sin que se presentase nadie, pero el joven vio al fin dedos sin mano ni nada, que iban y venían a los platos, y manejaban los tenedores y los cuchillos. Como tenía hambre y le olían bien los manjares, se sentó también a la mesa y comió con apetito. Cuando hubo concluido de cenar y los platos vacíos anunciaron que los invisibles habían concluido también, oyó claramente que apagaban las luces y se apagaron todas de repente. Entonces, en la oscuridad, sintió en su mejilla una cosa parecida a un bofetón y dijo en voz alta:

—Si empiezas, empiezo yo también.

Recibió, sin embargo, un segundo y correspondió entonces.

Los bofetones dados y devueltos continuaron toda la noche y el joven gigante no se quedó atrás en el juego. Al amanecer cesó todo. Llegó el molinero y se admiró de hallarle vivo todavía.

—Me he regalado bien, —dijo el gigante— he recibido bofetones, pero también los he dado.

El molinero se puso muy contento, porque ya estaba desencantado su molino; quería dar al joven gigante mucho dinero para recompensarle.

—No quiero dinero, —le dijo—, tengo más del que necesito.

Y echándose sus sacos de harina a la espalda, volvió a la granja y declaró al arrendatario que estaba concluida su comisión y quería su salario.

El arrendatario estaba asustado; no podía estar quieto en un lugar, iba y venía por el cuarto y las gotas de sudor le caían por el rostro. Para respirar un poco abrió la ventana; pero antes que tuviera tiempo de desconfiar, le dio un puntillón al criado, que le hizo salir volando por la ventana y subir por el aire, y que continuó hasta perderse de vista.

Entonces dijo el criado a la arrendataria:

—Ahora os toca a vos, pues vuestro marido no ha podido recibir el segundo puntillón. Pero ella exclamó:

—No, no, a las mujeres no se les pega.

Y abrió la otra ventana, porque le corría el sudor por la frente, pero recibió un puntillón que la echó a volar por el aire, más alto todavía que a su marido, porque era mucho más ligera.

Su marido le gritaba:

—Ven conmigo.

Y ella le respondía:

—Ven conmigo tú, pues no puedo ir yo.

Y continuaron flotando en el aire, sin conseguir reunirse, y quizá flotan en él todavía. En cuanto al joven gigante, cogió su barra de hierro y se puso en camino.

El oso y el reyezuelo

El oso y el lobo se paseaban un día por el bosque, cuando el oso oyó cantar a un pájaro.

—Hermano lobo, —le preguntó—, ¿quién es ese hermoso cantor?

—Es el rey de los pájaros, —contestó el lobo—, debemos saludarle. Era en efecto el reyezuelo.

—En ese caso, —dijo el oso—, Su Majestad tendrá su correspondiente palacio. Me alegraría verle.

—Eso no es tan fácil como piensas, —replicó el lobo—, pues es preciso aguardar a que esté en él la reina.

La reina llegó en este intermedio, la cual, lo mismo que el rey, tenía en su pico gusanillos para dar de comer a sus hijuelos. El oso los hubiera seguido con mucho gusto, pero le detuvo el lobo por la manga, diciéndole:

—No, espera a que salgan.

Tuvieron únicamente cuidado con el lugar donde se hallaba el nido y continuaron su camino.

Mas el oso no podía parar de curiosear hasta ver el palacio del rey de los pájaros y no tardó en volver. El rey y la reina estaban fuera; dirigió una mirada a hurtadillas y vio cinco o seis pajarillos acostados en el nido.

—Si es este el palacio, —exclamó—, es un palacio bien triste; y en cuanto a vosotros, vosotros no sois hijos de un rey, sino unas criaturas bien pequeñas e innobles.

Los reyezuelos se incomodaron mucho al oír esto y comenzaron a gritar:

—No, no, no, nosotros no somos lo que nos dices; nuestros padres son nobles; pagarás cara esta injuria.

El lobo y el oso tomaron miedo al oír esta amenaza y se refugiaron en sus agujeros.

Pero los reyezuelos continuaron gritando y haciendo ruido, y dijeron a sus padres en cuanto vinieron a traerles de comer:

—El oso ha venido a insultarnos, no nos menearemos de aquí y no comeremos nada hasta que hayáis dejado bien puesta nuestra reputación.

—No tengáis cuidado, —les dijo el rey—, volveré por vuestra honra.

Y marchó volando con la reina hasta el agujero del oso, donde le gritó:

—Viejo gruñón, ¿por qué has insultado a mis hijos? Te pesará, porque vamos a hacerte una guerra a muerte.

Declarada la guerra, el oso llamó en su auxilio al ejército de los cuadrúpedos, el buey, la vaca, el asno, el ciervo, el corzo y todos sus semejantes. El reyezuelo convocó por su

parte a todos los que vuelan por los aires, no solo a los pájaros grandes y pequeños, sino también a los insectos alados: tales como las moscas, cínifes, abejas y avispa. Cuando llegó el día de la batalla, el reyezuelo envió espías para saber quién era el general del ejército enemigo; el cínife, como el más pequeño de todos, voló al bosque donde estaba reunido el enemigo y se ocultó bajo la hoja de un árbol, a cuyo alrededor se hallaba deliberando el consejo. El oso llamó al zorro y le dijo:

—Compadre, tú eres el más astuto de todos los animales, tú serás nuestro general.

—Con mucho gusto, —contestó—, pero es preciso convenir en una señal. Nadie se atrevió a decir una palabra.

—Pues bien, —continuó— yo tengo una cola muy hermosa, larga y espesa como un penacho rojo; mientras la tenga levantada en alto, las cosas van bien y marcháis adelante; pero en cuanto la baje al suelo, será la señal de sálvese el que pueda.

El cínife, que había comprendido bien, fue al punto a contárselo todo al reyezuelo.

Al rayar la aurora, recorrían los cuadrúpedos el campo de batalla; galopando de tal manera que la tierra temblaba bajo sus pies. El reyezuelo apareció en los aires con su ejército, que zumbaba, gritaba y volaba por todas partes de un modo que causaba vértigos. Se atacaron con furor. Pero el reyezuelo envió a la avispa con la orden de colocarse bajo la cola del zorro y picarle con todas sus fuerzas. El zorro no pudo menos de dar un salto al primer agujonazo, pero conservando, sin embargo, la cola en el aire; al segundo se vio obligado a bajarla un instante; pero al tercero no pudo tenerla alzada por más tiempo y la apretó entre las piernas dando agudos gritos. Al ver esto, creyeron los cuadrúpedos que se había perdido todo y comenzaron a huir cada uno a su agujero, y así ganaron la batalla los pájaros.

El rey y la reina volaron enseguida a su nido, exclamando:

—Somos vencedores, hijos; bebed y comed alegremente.

—No, —contestaron los pajarillos—; es necesario que venga el oso a pedirnos perdón y a declarar que reconoce nuestra nobleza.

El reyezuelo voló al agujero del oso y le dijo:

—Viejo gruñón, ve a pedir perdón delante del nido de mis hijos y a declararles que reconoces su nobleza. ¡Ay de ti, si no!

Asustado el oso, se acercó arrastrando y pidió el perdón exigido; entonces se sosegaron al fin los reyezuelos y pasaron la noche alegremente en fiestas.

El sastrecillo valiente

Un sastrecillo estaba sentado en su mesa cerca de la ventana en una hermosa mañana de verano, cosiendo alegremente y con mucha prisa, cuando acertó a pasar por la calle una mujer que voceaba:

—¿Quién compra buena crema? ¿Quién compra buena crema?

Esta palabra crema sonó tan agradablemente a nuestro hombre que, asomando su pequeña cabeza por la ventana, exclamó:

—Aquí, buena mujer, entrad aquí y encontraréis comprador.

Subió cargada con su pesado cesto los tres escalones de la tienda del sastre y tuvo que poner delante de él todos sus cacharros para que los mirase, manejase y oliese el uno después del otro concluyendo por decir:

—Me parece que es buena esta crema; dadme dos onzas buena mujer y aunque sea un cuarterón.

La vendedora, que había creído hacer un negocio mucho mejor, le dio lo que pedía, pero se fue gruñendo y refunfuñando.

—Ahora, —exclamó el sastrecillo—, suplico a Dios que tenga a bien bendecir esta buena crema para que me dé fuerza y vigor.

Y cogiendo el pan del armario partió una larga rebanada para extender su crema encima.

—¡Qué bien me va a saber!, —pensó para sí—, pero antes de comérmela voy a acabar esta chaqueta.

Colocó la tostada a su lado y se puso a coser de nuevo y era tal su alegría que daba las puntadas cada vez mayores. Pero el olor de la crema atraía las moscas que cubrían la pared y vinieron en gran número a colocarse encima de ello.

—¿Quién os ha llamado aquí?, —dijo el sastre echando a estos huéspedes incómodos. Pero las moscas sin hacerle caso volvieron en mayor número que antes.

Se incomodó entonces y sacando de su cajón un pedazo de paño:

—Esperad, —exclamó—, yo os arreglaré—, y les dio sin piedad.

Después del primer golpe, contó las muertas y no había nada menos que siete, que estaban con las patas extendidas.

—¡Diablos!, —se dijo admirado de su valor—, parece que soy un valiente; es necesario que lo sepa toda la ciudad.

Y en su entusiasmo se hizo un cinturón y bordó encima con letras muy gordas: «Mató siete de un cachete.»

—Pero la ciudad es muy pequeña, —añadió en seguida—; debe saberlo el mundo entero. El corazón le saltaba de alegría dentro del pecho, como la cola de un corderillo.

Se puso su cinturón y resolvió recorrer el mundo, pues su tienda le pareció desde entonces un teatro muy pequeño para su valor.

Antes de salir de su casa buscó por toda ella lo que había de llevar, pero no encontró más que un queso rancio que se metió en el bolsillo. Delante de la puerta había un pájaro en su jaula, que se metió en el bolsillo con el queso.

Después emprendió valerosamente su camino y como era listo y activo, anduvo una semana.

Pasó por una montaña, en cuya cumbre había un enorme gigante que miraba tranquilamente a los pasajeros. El sastrecillo se fue derecho a él y le dijo:

—Buenos días, compañero; ¿qué haces ahí sentado? ¿Estás mirando cómo se mueve el mundo a tus pies? Yo me he puesto en camino en busca de aventuras; ¿quieres venir conmigo?

El gigante le contestó con aire de desprecio:

—¡Bribonzuelo, sietemesino!

—¿Cómo te atreves a decirme eso?, —exclamó el sastre.

Y desabotonándose el chaleco, le enseñó el cinturón diciendo:

—Lee aquí y verás qué clase de hombre soy.

El gigante leyó, «siete de un cachete», se imaginó que eran hombres lo que había muerto el sastre y miró con un poco más de respeto a su débil interlocutor. Sin embargo, para experimentarle cogió un guijarro en la mano y le apretó con tal fuerza que rezumaba agua.

—Ahora, —le dijo—, haz lo que yo, si tienes tanta fuerza.

—¿No es más que eso?, —dijo el sastre—, pues eso es un juego de niños para mí.

Y metiendo la mano en su bolsillo sacó el queso que llevaba en él y lo apretó en su mano de manera que le sacó todo el jugo que tenía.

—¿Qué te parece?, —añadió—; ¿hay alguna diferencia entre los dos?

El gigante no sabía qué decir y no comprendía que un enano pudiera tener tantas fuerzas. Cogió otro guijarro y lo tiró tan alto que apenas lo distinguía la vista más perspicaz y le dijo:

—Vamos, hombrecillo, haz lo que yo.

—Bien tirado, —dijo el sastre—, pero la piedra ha caído. Yo voy a tirar otra que no caerá. Y sacando el pájaro que estaba en su bolsillo lo echó a volar.

El pájaro, contento al verse libre, partió más rápido que una flecha y no volvió más.

—¿Qué dices ahora, camarada?, —añadió.

—Está muy bien hecho, —respondió el gigante—; mas quiero ver si cargas tanto como lejos tiras. Y condujo al sastrecillo delante de una enorme encina que estaba caída en el suelo.

—Si verdaderamente tienes fuerzas, —le dijo—, es preciso que me ayudes a levantar este árbol.

—Con mucho gusto, —contestó el hombrecillo—, carga el tronco en tus espaldas, yo cargaré con las ramas y la copa que es lo más pesado.

El gigante se echó el tronco a espaldas, pero el sastrecillo se sentó en una rama de manera que el gigante, que no podía mirar hacia atrás, llevaba todo el árbol y además al sastre que se había instalado pacíficamente y cantaba con la mayor alegría:

—Iban juntos tres sastres a caballo una tarde.

Como si hubiera sido para él un juego de niños el llevar un árbol. El gigante anonadado bajó el peso y no pudiendo resistir dar algunos pasos, gritó:

—Mira, voy a tirarle al suelo.

El hombrecillo saltó muy listo en tierra y cogiendo el árbol entre sus brazos como si hubiera llevado lo que le correspondía dijo al gigante:

—Bien flojo eres para ser tan alto.

Continuaron su camino y acertando a pasar por delante de un cerezo, cogió el gigante la copa del árbol donde se hallaba la más madura y encorvándole hasta el suelo, le puso en la mano del sastrecillo para que comiese las cerezas, pero éste era demasiado débil para sostenerle y en cuanto le soltó el gigante, enderezándose el árbol se llevó al sastre consigo. Bajó sin hacerse daño, pero el gigante le dijo:

—¿Qué es eso?, ¿no tienes fuerzas para encorvar semejante bagatela?

—No se trata de fuerzas, —respondió el sastrecillo—, ¿qué es eso para un hombre que ha derribado siete de un cachete? He saltado por encima del árbol para librarme de las balas, porque allá abajo hay unos cazadores que tiran a los matorrales. Haz tú otro tanto si puedes.

El gigante probó, pero no pudo saltar por encima del árbol y se quedó encerrado en las ramas. Así conservó la ventaja el sastre.

—Puesto que eres un muchacho tan valiente, —dijo el gigante—, es preciso que vengas a nuestra caverna y pases la noche con nosotros.

El sastre consintió en ello con mucho gusto. En cuanto llegaron encontraron a otros gigantes sentados cerca de la lumbre comiéndose cada uno un carnero asado que tenía en la mano. El sastre creyó que la habitación era mucho mayor que su tienda.

El gigante le enseñó su cama y le mandó que se acostase, pero como la cama era demasiado grande para un cuerpo tan pequeño, se acurrucó en un rincón. A la media noche, creyendo el gigante que dormía con un profundo sueño, cogió una barra de hierro y dio un golpe muy grande en medio de la cama, con lo que pensó haber matado decididamente al enano. Los gigantes se levantaron al amanecer y se fueron al

bosque; se habían olvidado del sastre, cuando le vieron salir de la caverna con un aire muy alegre y un tanto descarado; llenos de miedo y temiendo los matase a todos, echaron a correr sin esperar a más.

Continuó el sastrecillo su viaje y después de haber andado mucho tiempo, llegó al jardín de un palacio y como estaba un poco cansado se echó en el musgo y se durmió. Las personas que pasaron por allí se pusieron a mirarle por todos lados y leyeron en su cinturón: «Siete de un cachete.»

—¡Ah!, —dijeron para sí—, ¿qué es lo que viene a hacer aquí este rayo de la guerra en el seno de la paz? Debe ser algún señor muy poderoso.

Fueron a dar parte a su rey, añadiendo que si llegaba a declararse la guerra sería un auxiliar muy eficaz, por lo que había que ganarle a cualquier precio.

Agradó al rey este consejo y envió a uno de sus cortesanos para ofrecerle, en cuanto despertase, un empleo a su servicio.

El enviado permaneció de centinela cerca del hombrecillo; y cuando comenzó a abrir los ojos y a estirarse le hizo la propuesta.

—Con ese objeto he venido, —respondió el otro—; estoy pronto a entrar al servicio del rey.

Se le recibió con toda clase de honores y le designaron una habitación en la Corte. Pero los militares estaban celosos de él y hubieran querido verle a mil leguas de allí.

—¿En qué vendrá a parar todo esto? —se decían unos a otros.

—Si tenemos alguna desazón con él, se arrojará sobre nosotros y matará siete de una vez. Ninguno de nosotros sobrevivirá.

Resolvieron presentarse al rey y presentarle todos su dimisión.

—No podemos, —le dijeron—, permanecer al lado de un hombre que derriba siete de un cachete.

El rey sintió mucho verse abandonado por todos sus leales servidores y hubiera deseado no haber conocido nunca al que era causa de ello y del que se hubiese deshecho con mucho gusto. Pero no se atrevía a despedirle por temor de que este hombre terrible le matase lo mismo que a su pueblo, para apoderarse de un trono.

El rey, después de haber pensado mucho en ello, halló un expediente. Mandó hacer al hombrecillo una oferta que no podía dejar de aceptar en su calidad de héroe. En un bosque de aquel país había dos gigantes que cometían toda clase de robos, asesinatos e incendios. Nadie se acercaba a ellos sin temer por su vida. Si conseguía vencerlos y matarlos, el rey le daba su hija única por mujer con la mitad del reino por dote. Para ayudarle en caso necesario pusieron cien caballos a su disposición. Pensó el sastrecillo que la ocasión de casarse con una princesa tan linda era muy buena y que no se encontraría todos los días. Declaró que, consentía en ir contra los gigantes, pero que para nada quería la escolta de los cien caballos, pues el que había matado siete de un cachete, no temía a dos adversarios a la vez.

Se puso en marcha seguido de los cien caballos y cuando llegó a la entrada del bosque, les dijo que le esperaran que él solo se las compondría con los dos gigantes. Después entró en el bosque, mirando alrededor con precaución. Al cabo de un rato distinguió a los dos gigantes; estaban dormidos bajo un árbol y roncaban con tanta fuerza que hacían encorvarse a las ramas. El sastrecillo llenó sus dos bolsillos de guijarros y subiendo al árbol sin perder tiempo se deslizó por una rama que se adelantaba precisamente por entre los dos gigantes dormidos y dejó caer algunos guijarros, uno tras otro, sobre el estómago de uno de ellos. El gigante no sintió nada en un principio, pero al fin despertó y empujando a su compañero le dijo:

—¿Por qué me pegas?

—Estás soñando, —dijo el otro—, yo no te he tocado.

A poco volvieron a dormirse. El sastre tiró entonces una piedra al segundo.

—¿Qué hay?, —exclamó éste—. ¿Qué es lo que has tirado?

—Yo no te he tirado nada, tú sueñas, —respondió el primero.

Disputaron por algún tiempo, pero como estaban cansados, concluyeron por callar y volverse a dormir. El sastre, sin embargo, continuó su juego y escogiendo el mayor de los guijarros le tiró con todas sus fuerzas sobre el estómago del primer gigante:

—¡Esto es ya demasiado!, —exclamó éste y levantándose como furioso saltó sobre su compañero que le pagó con la misma moneda.

El combate fue tan terrible que arrancaban árboles enteros para servirse de ellos como de armas y no cesó hasta que ambos quedaron muertos en el suelo.

El sastrecillo bajó entonces de su puesto.

—Por fortuna, —pensó para sí—, no han arrancado también el árbol en que yo me hallaba, pues me hubiera visto obligado a saltar a otro como una ardilla, pero en nuestro oficio todos somos listos.

Sacó la espada y después de haber dado dos buenos golpes en el pecho a cada uno de ellos, volvió a reunir a su escolta a la que dijo:

—Ya he concluido; les he dado el golpe de gracia; el negocio ha estado reñido, querían resistir y hasta han arrancado árboles para tirármelos, pero ¿de qué sirve todo esto contra un hombre como yo que derriba siete de un cachete?

—¿No estás herido?, —le preguntaron los soldados.

—No, —dijo—, no han podido tocarme ni la punta de un cabello.

Los soldados no quisieron creerlo; entraron en el bosque y encontraron en efecto a los gigantes nadando en su sangre y los árboles arrancados por todas partes a su alrededor.

El sastrecillo reclamó la recompensa prometida por el rey, pero éste, que se arrepentía de haber empeñado su palabra, buscó un medio para librarse del héroe.

—Hay, —le dijo—, otra aventura que debes llevar a cabo antes de obtener a mi hija y la mitad de mi reino. Frecuenta mis bosques un unicornio que hace muchos estragos, es preciso que te apoderes de él.

—Un unicornio me da todavía menos miedo que dos gigantes; siete de un cachete es mi divisa.

Tomó una cuerda y un hacha y entró en el bosque mandando a los que le acompañaban que le esperasen fuera. No tuvo que andar mucho tiempo; el unicornio apareció bien pronto y corrió hacia él para herirle.

—Poco a poco, —dijo—, muy deprisa no está en regla.

Permaneció inmóvil hasta que el animal estuvo cerca de él, y entonces se deslizó muy listo detrás del tronco de un árbol. El unicornio, que se había lanzado contra el árbol con todas sus fuerzas, metió en él un cuerno tan profundamente que le fue imposible sacarle y así le cogió.

—El pájaro está en la jaula, —se dijo el sastre, y saliendo de su escondrijo, se acercó al unicornio, le pasó la cuerda alrededor del cuello, le partió el cuerno metido en el árbol a fuerza de hachazos y cuando hubo acabado, llevó el animal delante del rey.

Pero el rey no podía decidirse a cumplir su palabra y le impuso otra tercera condición. Se trataba de apoderarse de un jabalí que hacía grandes estragos en los bosques. Los cazadores del rey tenían orden de ayudarlo. El sastre aceptó diciendo que esto no era más que un juego de niños. Entró solo en el bosque sin que lo sintieran los cazadores, a los que el jabalí había recibido y muchas veces de tal manera que no tenían ánimo de volver. El jabalí en cuanto distinguió al sastre se precipitó hacia él, echando espuma y enseñando sus agudos colmillos, pero el ligero hombrecillo se refugió en una ermita que había allí cerca y volvió a salir enseguida, saltando por la ventana. El jabalí entró detrás de él, pero el sastrecillo volvió en dos saltos y cerró la puerta de modo que la fiera se encontró presa, pues era demasiado pesada y grande para salvarse por el mismo camino. Después de esta hazaña llamó a los cazadores para que vieran al prisionero con sus propios ojos y se presentó al rey, el cual se vio obligado esta vez a darle a pesar suyo su hija y la mitad de su reino. Con mucha más dificultad se hubiera decidido si hubiera sabido que su yerno no era un gran guerrero sino un infeliz sastrecillo. La boda se celebró con mucha magnificencia y poca alegría, y de un sastre se hizo rey.

Algún tiempo después, la joven reina oyó una noche a su marido que decía soñando.

—Vamos, muchacho, concluye ese chaleco y remienda ese pantalón o si no te doy con la vara entre las orejas.

Comprendió entonces el sitio en que se había educado su marido y al día siguiente fue a quejarse a su padre suplicándole le librara de un marido que no era más que un miserable sastre.

Para consolarla, le dijo el rey:

—Deja tu cuarto abierto esta noche; mis criados estarán a la puerta y en cuanto esté dormido, entrarán y le llevarán cargado de cadenas a un navío que le conducirá lejos de aquí.

La reina estaba muy contenta, pero un escudero del rey que lo había oído todo y que amaba al nuevo príncipe, fue y le descubrió el complot.

—Yo lo arreglaré, —le dijo el sastre.

Por la noche se acostó como de costumbre y cuando su mujer le creyó bien dormido fue a abrir la puerta y se volvió a acostar a su lado. Pero el hombrecillo, que fingía dormir, se puso a gritar en alta voz:

—Vamos, muchacho, termina ese chaleco o te doy con la vara en las orejas. He derribado siete de un cachete, he muerto dos gigantes, cazado un unicornio y un jabalí, ¿tendré miedo de gentes que están ocultas a mi puerta?

Al oír estas últimas palabras se asustaron todos de tal modo que echaron a correr como si hubieran visto al diablo y nadie se atrevió ya a declararse contra él. De esta manera conservó la corona toda su vida.

Pulgarcito

Un pobre labrador estaba sentado una noche en el rincón del hogar; mientras su mujer hilaba a su lado, él le decía:

—¡Cuánto siento no tener hijos! ¡Qué silencio hay en nuestra casa mientras en las demás todo es alegría y ruido!

—Sí —respondió su mujer suspirando—, yo quedaría contenta, aunque nouviésemos más que uno solo tan grande como el dedo pulgar y le querríamos con todo nuestro corazón.

En este intermedio quedó embarazada la mujer y al cabo de siete meses dio a luz un niño bien formado con todos sus miembros, pero que no era más alto que el dedo pulgar. Entonces dijo:

—Es tal como le hemos deseado, mas no por eso le queremos menos.

Y sus padres le llamaron Pulgarcito, a causa de su tamaño. Le criaron lo mejor que pudieron, mas no creció y quedó como había sido desde su nacimiento. Parecía sin embargo, que tenía talento: sus ojos eran inteligentes y manifestó bien pronto en su pequeña persona astucia y actividad para llevar a cabo lo que se le ocurría.

Preparábase un día el labrador para ir a cortar madera a un bosque y se decía:

—Cuánto me alegraría tener alguien que llevase el carro.

—Padre —exclamó Pulgarcito—, yo quiero guiarle, yo; no tengáis cuidado, llegará a buen tiempo. El hombre se echó a reír.

—Tú no puedes hacer eso —le dijo—, eres demasiado pequeño para llevar el caballo de la brida.

—¿Qué importa eso, padre? Si mamá quiere enganchar, me meteré en la oreja del caballo y le dirigiré donde queráis que vaya.

—Está bien —dijo el padre—, veamos.

La madre enganchó el caballo y puso a Pulgarcito en la oreja y el hombrecillo le guiaba por el camino que había que tomar, tan bien que el caballo marchó como si le condujese un buen carretero y el carro fue al bosque por buen camino.

Mientras daban la vuelta a un recodo del camino, el hombrecillo gritaba:

—¡Soo, arre! —pasaban dos forasteros.

—Dios mío —exclamó uno de ellos—, ¿qué es eso? He ahí un carro que va andando: se oye la voz del carretero y no se ve a nadie.

—Es una cosa bastante extraña —dijo el otro—, vamos a seguir a ese carro y a ver donde se detiene.

El carro continuó su camino y se detuvo en el bosque, precisamente en el lugar donde había madera cortada. Cuando Pulgarcito distinguió a su padre, le gritó:

—¿Ves padre, qué bien he traído el carro?, ahora bájame.

El padre cogió con una mano la brida, sacó con la otra a su hijo de la oreja del caballo y le puso en el suelo: el pequeñuelo se sentó alegremente en una paja.

Al ver a Pulgarcito, se admiraron los dos forasteros, no sabiendo qué pensar. Uno de ellos llamó aparte al otro y le dijo:

—Ese diablillo podría hacer nuestra fortuna, si le enseñásemos por dinero en alguna ciudad; hay que comprarle. Se acercaron al labrador y le dijeron:

—Vendednos ese enanillo: le cuidaremos bien.

—No —respondió el padre—, es hijo mío y no le vendo por todo el oro del mundo.

Pero al oír la conversación, Pulgarcito había trepado por los pliegues del vestido de su padre subiendo hasta sus espaldas, desde donde le dijo al oído:

—Padre vendedme a esos hombres, volveré pronto.

Su padre se lo dio a los hombres por una hermosa moneda de oro.

—¿Dónde quieres ponerte? —le dijeron.

—¡Ah!, ponedme en el ala de vuestro sombrero; podré pasearme y ver el campo y tendré cuidado de no caerme. Hicieron lo que él quería y en cuanto Pulgarcito se despidió de su padre, se marcharon con él, caminando hasta la noche. Entonces les gritó el hombrecillo:

—Esperadme, necesito bajar.

—Quédate en el sombrero —dijo el hombre—; poco me importa lo que tengas que hacer, los pájaros hacen mucho más algunas veces.

—No, no —dijo Pulgarcito—, bajadme en seguida.

El hombre lo cogió y le puso en el suelo, en una tierra junto al camino; corrió un instante entre los surcos y después se metió en un agujero que había buscado expresamente.

—Buenas noches, caballeros, ya estáis demás aquí —les gritó riendo.

Quisieron cogerle metiendo palos en el agujero, mas fue trabajo perdido. Pulgarcito se escondía más adentro cada vez y empezando a oscurecer de repente, se vieron obligados a entrar en su casa incomodados y con las manos vacías.

Cuando estuvieron lejos, salió Pulgarcito de su cueva. Temía aventurarse por la noche en medio del campo, pues una pierna se rompe enseguida. Por fortuna encontró un caracol vacío:

—A Dios gracias —dijo—, pasaré la noche en seguridad aquí dentro. Y se estableció allí. Cuando iba a dormirse oyó dos hombres que pasaban y el uno decía al otro:

—¿Cómo nos arreglaríamos para robar el oro y la plata a ese cura tan rico?

—Yo os lo diré —les gritó Pulgarcito.

—¿Qué hay? —exclamó uno de los ladrones asustados—; ¿he oído hablar a alguien? Continuaban escuchando, cuando Pulgarcito les gritó de nuevo:

—Llévame con vosotros y os ayudaré.

—¿Dónde estás?

—Buscadme por el suelo, por donde sale la voz. Los ladrones concluyeron por encontrarle:

—Pequeño extracto de hombre —le dijeron—, ¿cómo quieres sernos útil?

—Mirad —les dijo—, me deslizaré por entre los hierros de la ventana en el cuarto del cura y os pasaré todo lo que me pidáis.

—Pues vamos a probarlo —le dijeron.

En cuanto llegaron al presbiterio, Pulgarcito se deslizó en el cuarto; después se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¿Queréis todo lo que hay aquí? Los ladrones asustados le dijeron:

—Habla bajo, vas a despertar a la gente.

Pero él, haciendo como si no los hubiera oído, gritó de nuevo:

—¿Qué es lo que queréis? ¿Queréis todo lo que hay aquí?

La criada que dormía en el cuarto de al lado, oyó ese ruido, se levantó y escuchó. Los ladrones habían batido retirada; en fin, tomaron ánimo y creyendo únicamente que el picarillo quería divertirse a sus expensas volvieron atrás y le dijeron por lo bajo:

—Déjate de bromas, pásanos algo.

Entonces Pulgarcito se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—Voy a dároslo todo: abrid las manos.

La criada oyó bien claro esta vez, saltó de la cama y corrió a la puerta. Los ladrones, viendo esto, echaron a correr como si el diablo se les hubiera aparecido; no oyendo nada más la criada, fue a encender una luz. Cuando volvió, Pulgarcito se fue a ocultar en la pajera sin que le viese. La criada, después de haber registrado todos los rincones sin descubrir nada, fue a acostarse y creyó que había soñado.

Pulgarcito había subido al heno, donde se arregló una camita; pensaba descansar allí hasta el día y volver en seguida a casa de sus padres. ¡Pero debía sufrir tantas pruebas todavía! ¡Hay tanto malo en el mundo! La criada se levantó a la aurora para dar de comer al ganado. Su primera visita fue a la pajera, cogió un brazado de heno con el pobre Pulgarcito dormido dentro. Dormía tan profundamente, que no se apercibió de nada y no despertó hasta que estaba en la boca de una vaca que le había cogido con un puñado de heno. Creyó en un principio que había caído dentro de un molino, pero comprendió bien pronto donde se hallaba en realidad. Evitando dejarse mascar entre los dientes, concluyó por deslizarse por la garganta a la panza. La habitación le parecía estrecha, sin ventana y no veía ni sol ni luz. La morada le desagradaba mucho y lo que complicaba más su situación, es que bajaba siempre nuevo heno y el espacio se le hacía más estrecho cada vez.

Lleno de terror, gritó al fin lo más alto que pudo:

—¡Basta de heno! ¡Basta de heno! No quiero más.

La criada estaba precisamente en aquel momento ocupada en ordeñar la vaca; aquella voz que oyó sin ver a nadie y que reconoció por la que la había despertado la noche anterior, la asustó de tal modo, que cayó al suelo vertiendo la leche.

Fue corriendo a buscar a su amo y le dijo:

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Señor cura, la vaca habla!

—Tú estás loca —respondió el sacerdote y sin embargo, fue él mismo al establo para asegurarse de lo que pasaba.

Pero apenas había entrado, gritó de nuevo Pulgarcito:

—¡Basta de heno! ¡No quiero más!

El cura se asustó a su vez y creyendo que la vaca tenía el diablo en el cuerpo, dijo que era preciso matarla. La mataron y la panza en que se hallaba prisionero el pobre Pulgarcito fue arrojada al estiércol.

El pobrecillo trabajó mucho para desenredarse y empezaba a sacar la cabeza fuera, cuando le sucedió una nueva desgracia. Un lobo hambriento se arrojó sobre la panza y se la tragó de una vez. Pulgarcito no perdió ánimo.

—Quizá —pensó para sí—, será tratable este lobo.

Y desde su vientre donde estaba encerrado, le gritó:

—Querido amigo, quiero enseñarte dónde puedes hallar buena comida.

—¿Dónde? —le dijo el lobo.

—En tal y tal casa; no tienes más que deslizarte por el albañal a la cocina y encontrarás tortas, tocino, salchichas, lo que quieras.

Y le designó la casa de su padre con la mayor exactitud.

El lobo no esperó dos veces: se introdujo en la cocina y dio un buen avance a las provisiones. Pero cuando estuvo harto y tuvo que salir, se hallaba tan hinchado con el alimento, que no pudo conseguir pasar por el albañal. Pulgarcito, que había contado con esto, comenzó a hacer un ruido terrible en el cuerpo del lobo saltando y brincando con todas sus fuerzas.

—¿Quieres estarte quieto? —le dijo el lobo—, vas a despertar a todos.

—¿Y qué? —le respondió el hombrecillo—. ¿No te has regalado tú? También yo quiero divertirme. Y se puso a gritar todo lo que pudo.

Concluyó por despertar a sus padres, que corrieron y miraron en la cocina, a través de la cerradura. Cuando vieron que había un lobo, se armaron, el hombre con un hacha y la mujer con una hoz.

—Ponte detrás —dijo el hombre a su mujer, cuando entraron en el cuarto—, voy a darle con mi hacha, si no le mato del golpe, le cortas tú el vientre.

Pulgarcito, que oyó la voz de su padre, se puso a gritar:

—Soy yo, querido padre, quien está en el vientre del lobo.

—Gracias a Dios —dijo el padre lleno de alegría—, que hemos encontrado a nuestro hijo.

Y mandó a su mujer que dejara la hoz de lado para no herir a su hijo. Después levantó su hacha y tendió muerto al lobo de un golpe en la cabeza, en seguida le abrió el vientre con su cuchillo y tijeras, y sacó al pequeño Pulgarcito.

—¡Ah! —le dijo—, ¡qué inquietos hemos estado por tu suerte!

—Sí, padre, he corrido mucho, pero por fortuna, heme aquí, vuelto a la luz.

—¿Dónde has estado?

—¡Ah, padre! he estado en un hormiguero, en la panza de una vaca y en el vientre de un lobo. Ahora me quedo con vosotros.

—Y no volveremos a venderte por todo el oro del mundo —dijeron sus padres abrazándole y estrechándole contra su corazón.

Le dieron de comer y le compraron vestidos, porque los suyos se habían estropeado durante el viaje.

Hansel y Gretel

Érase una vez un leñador muy pobre que tenía dos hijos: un niño llamado Hansel y una niña llamada Gretel, y que había contraído nuevamente matrimonio después de que la madre de los niños falleciera. El leñador quería mucho a sus hijos pero un día una terrible hambruna asoló la región. Casi no tenían ya que comer y una noche la malvada esposa del leñador le dijo:

—No podremos sobrevivir los cuatro otro invierno. Deberemos tomar mañana a los niños y llevarlos a la parte más profunda del bosque cuando salgamos a trabajar. Les daremos un pedazo de pan a cada uno y luego los dejaremos allí para que ya no encuentren su camino de regreso a casa.

El leñador se negó a esta idea porque amaba a sus hijos y sabía que si los dejaba en el bosque morirían de hambre o devorados por las fieras, pero su esposa le dijo:

—Tonto, ¿no te das cuenta que si no dejas a los niños en el bosque, entonces los cuatro moriremos de hambre?

Y tanto insistió la malvada mujer, que finalmente convenció a su marido de abandonar a los niños en el bosque. Afortunadamente los niños estaban aún despiertos y escucharon todo lo que planearon sus padres.

—Gretel —dijo Hansel a su hermana— no te preocupes que ya tengo la solución.

A la mañana siguiente todo ocurrió como se había planeado. La mujer levantó a los pequeños muy temprano, les dio un pedazo de pan a cada uno y los cuatro emprendieron la marcha hacia el bosque. Lo que el leñador y su mujer no sabían era que durante la noche, Hansel había salido al jardín para llenar sus bolsillos de guijarros blancos, y ahora, mientras caminaban, lenta y sigilosamente fue dejando caer guijarro tras guijarro formando un camino que evitaría que se perdieran dentro del bosque. Cuando llegaron a la parte más boscosa, encendieron un fuego, sentaron a los niños en un árbol caído y les dijeron:

—Aguarden aquí hasta que terminemos de trabajar.

Por largas horas los niños esperaron hasta que se hizo de noche, ellos permanecieron juntos al fuego, tranquilos porque oían a lo lejos un CLAP—CLAP, que supusieron sería el hacha de su padre trabajando todavía. Pero ignoraban que su madrastra había atado una rama a un árbol para que hiciera ese ruido al ser movida por el viento. Cuando la noche se hizo más oscura Gretel decidió que era tiempo de volver, pero Hansel le dijo que debían esperar que saliera la luna y así lo hicieron, cuando la luna iluminó los guijarros blancos dejados por Hansel fue como si hubiera delante de ellos un camino de plata.

A la mañana siguiente los dos niños golpearon la puerta de su padre:

—¡Hemos llegado! —gritaron los niños, la madrastra estaba furiosa, pero el leñador se alegró inmensamente, porque lamentaba mucho lo que había hecho.

Vivieron nuevamente los cuatro juntos un tiempo más, pero a los pocos días, una hambruna aún más terrible que la anterior volvió a devastar la región. El leñador no quería separarse de sus hijos pero una vez más su esposa lo convenció de que era la única solución. Los niños oyeron esto una segunda vez, pero esta vez Hansel no pudo salir a recoger los guijarros porque su madrastra había cerrado con llave la puerta para que los niños no se pudieran escapar.

—No importa —le dijo Hansel a Gretel— no te preocupes, que algo se me ocurrirá mañana.

Aún no había salido el sol cuando los cuatro dejaron la casa, Hansel fue dejando caer a lo largo del camino, las miguitas del pan que le había dado antes de partir la malvada madrastra. Nuevamente los dejaron junto al fuego, en lo profundo del bosque y esperaron mucho tiempo allí sentados, cuando estaba oscureciendo quisieron volver a casa. ¡Oh!, que gran sorpresa se llevaron los niños cuando comprobaron que todas las miguitas dejadas por Hansel se las habían comido las aves del bosque y no quedaba ni una solita.

Solos, con mucha hambre y llenos de miedo, los dos niños se encontraron en un bosque espeso y oscuro del que no podían hallar la salida. Vagaron durante muchas horas hasta que por fin, encontraron un claro donde sus ojos descubrieron la maravilla más grande que jamás hubiesen podido imaginar: ¡una casita hecha de dulces! Los techos eran de chocolate, las paredes de mazapán, las ventanas de caramelo, las puertas de turrón, el camino de confites.

—¡Un verdadero manjar! —dijo Hansel quien corrió hacia la casita diciendo a su hermana—: ¡Ven Gretel, yo comeré del techo y tu podrás comerte las ventanas!

Y así diciendo y corriendo, los niños se abalanzaron sobre la casa y comenzaron a devorarla sin notar que, sigilosamente salía a su encuentro una malvada bruja que inmediatamente los llamó y los invitó a seguir.

—Veo que querían comer mi casa —dijo la bruja—. Pues ahora ¡yo los voy a comer a ustedes! —y los tomó prisioneros. Y así diciendo los examinó—: Tu, la niña —dijo mirando a Gretel— me servirás para ayudarme mientras engordamos al otro que está muy flacucho y así no me lo puedo comer, pues solo lamería los huesos.

Y sin prestar atención a las lágrimas de los niños tomó a Hansel y lo metió en un diminuto cuarto esperando el día en que estuviese lo suficientemente gordo para comérselo. Una noche, mientras la bruja dormía los niños empezaron a crear un plan.

—Como la bruja es muy corta de vista —dijo Gretel— cuando ella te pida que le muestres uno de tus dedos para sentir si ya estas rellenito, tú lo que vas a sacar por entre los barrotes de la jaula es este huesito de pollo, de forma tal que la bruja sienta

lo huesudo de tu mano y decida esperar un tiempo más —y ambos estuvieron de acuerdo con la idea. Sin embargo, y como era de esperarse, esa situación no podía durar por siempre, y un mal día la bruja vociferó:

—Ya estoy cansada de esperar que este niño engorde. Come y come todo el día y sigue flaco como el día que llegó.

Entonces encendió un gigantesco horno y le gritó a Gretel:

—Métete dentro para ver si ya está caliente —pero la niña, que sabía que en realidad lo que la bruja quería era atraparla dentro para comérsela también, le replicó:

—No sé como hacerlo.

—Quítate —gritó la bruja, moviendo los brazos de lado a lado y lanzando maldiciones a diestra y siniestra—, estoy fastidiada —le dijo—: Si serás tonta. Es lo más fácil del mundo, te mostraré cómo hacerlo.

Y se metió dentro del horno. Gretel, sin dudar un momento, cerró la pesada puerta y dejó allí atrapada a la malvada bruja que, dando grandes gritos pedía que la sacaran de aquel gran horno, fue así como ese día la bruja murió quemada en su propia trampa. Gretel corrió entonces junto a su hermano y lo liberó de su prisión.

Entonces los niños vieron que en la casa de la bruja había grandes bolsas con montones de piedras preciosas y perlas. Así que llenaron sus bolsillos lo más que pudieron y a toda prisa dejaron aquel bosque encantado. Caminaron y caminaron sin descansar y finalmente dieron con la casa de su padre quien al verlos llegar se llenó de júbilo porque desde que los había abandonado no había pasado un solo día sin que lamentase su decisión. Los niños corrieron a abrazarlo y una vez que se hubieron reencontrado, les contó que la malvada esposa había muerto y que nunca más volvería a lastimarlos, los niños entonces recordaron y vaciaron sus bolsillos ante los incrédulos ojos de su padre que nunca más debió padecer necesidad alguna.

Juan el listo

Pregunta la madre a Juan:

—¿Adónde vas, Juan?

Responde Juan:

—A casa de Margarita.

—Que te vaya bien, Juan.

—Bien me irá. Adiós, madre.

—Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.

—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

—Traer, nada; tú me darás.

Margarita regala a Juan una aguja. Juan dice:

—Adiós, Margarita.

—Adiós, Juan.

Juan coge la aguja, la pone en un carro de heno y se vuelve a casa tras el carro.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

—Con Margarita estuve.

—¿Qué le llevaste?

—Llevar, nada; ella me dio.

—¿Y qué te dio Margarita?

—Una aguja me dio.

—¿Y dónde tienes la aguja, Juan?

—En el carro de heno la metí.

—Hiciste una tontería, Juan; debías clavártela en la manga.

—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

—¿Adónde vas, Juan?

—A casa de Margarita, madre.

—Que te vaya bien, Juan.

—Bien me irá. Adiós, madre.

—Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.

—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

—Traer, nada; tú me darás. Margarita regala a Juan un cuchillo.

—Adiós, Margarita.

—Adiós, Juan.

Juan coge el cuchillo, se lo clava en la manga y regresa a su casa.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

—Con Margarita estuve.

—¿Qué le llevaste?

—Llevar, nada; ella me dio.

—¿Y qué te dio Margarita?

—Un cuchillo me dio.

—¿Dónde tienes el cuchillo, Juan?

—Lo clavé en la manga.

—Hiciste una tontería, Juan. Debiste meterlo en el bolsillo.

—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

—¿Adónde vas, Juan?

—A casa de Margarita, madre.

—Que te vaya bien, Juan.

—Bien me irá. Adiós, madre.

—Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.

—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

—Traer, nada; tú me darás. Margarita regala a Juan una cabrita.

—Adiós, Margarita.

—Adiós, Juan.

Juan coge la cabrita, le ata las patas y se la mete en el bolsillo. Al llegar a casa, está ahogada.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

—Con Margarita estuve.

—¿Qué le llevaste?

—Llevar, nada; ella me dio.

—¿Qué te dio Margarita?

—Una cabra me dio.

—¿Y dónde tienes la cabra, Juan?

—En el bolsillo la metí.

—Hiciste una tontería, Juan. Debiste atar la cabra de una cuerda.

—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

—¿Adónde vas, Juan?

—A casa de Margarita, madre.

—Que te vaya bien, Juan.

—Bien me irá. Adiós, madre.

—Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.

—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

—Traer, nada; tú me darás.

Margarita, regala a Juan un trozo de tocino.

—Adiós, Margarita.

—Adiós, Juan.

Juan coge el tocino, lo ata de una cuerda y lo arrastra detrás de sí. Vienen los perros y se comen el tocino. Al llegar a casa tira aún de la cuerda, pero nada cuelga de ella.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

—Con Margarita estuve.

—¿Qué le llevaste?

—Llevar, nada; ella me dio.

—¿Qué te dio Margarita?

—Un trozo de tocino me dio,

—¿Dónde tienes el tocino, Juan?

—Lo até de una cuerda, lo traje a rastras, los perros se lo comieron.

—Hiciste una tontería, Juan. Debiste llevar el tocino sobre la cabeza.

—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

—¿Adónde vas, Juan?

—A casa de Margarita, madre.

—Que te vaya bien, Juan.

—Bien me irá. Adiós, madre.

—Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.

—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

—Traer, nada; tú me darás. Margarita regala a Juan una ternera.

—Adiós, Margarita.

—Adiós, Juan.

Juan coge la ternera, se la pone sobre la cabeza, y el animal le pisotea y lastima la cara.

—Buenas noches, madre.
—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?
—Con Margarita estuve.
—¿Qué le llevaste?
—Llevar, nada, ella me dio.
—¿Qué te dio Margarita?
—Una ternera me dio.
—¿Dónde tienes la ternera, Juan?
—Sobre la cabeza la puse; me lastimó la cara.
—Hiciste una tontería, Juan. Debías traerla atada y ponerla en el pesebre.
—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.
—¿Adónde vas, Juan?
—A casa de Margarita, madre.
—Que te vaya bien, Juan.
—Bien me irá. Adiós, madre.
—Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

—Buenos días, Margarita.
—Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?
—Traer nada; tú me darás.

Margarita dice a Juan:

—Me voy contigo.

Juan coge a Margarita, la ata a una cuerda, la conduce hasta el pesebre y la amarra en él. Luego va donde su madre.

—Buenas noches, madre.
—Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?
—Con Margarita estuve.
—¿Qué le llevaste?
—Llevar, nada.
—¿Qué te ha dado Margarita?
—Nada me dio; se vino conmigo.
—¿Y dónde has dejado a Margarita?
—La he llevado atada de una cuerda; la amarré al pesebre y le eché hierba.
—Hiciste una tontería, Juan; debías ponerle ojos tiernos.
—No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

Juan va al establo, saca los ojos a todas las terneras y ovejas y los pone en la cara de Margarita. Margarita se enfada, se suelta y escapa, y Juan se queda sin novia.

Rumpelstilskin

Había una vez un pobre molinero que tenía una bellísima hija. Y sucedió que en cierta ocasión se encontró con el rey, y como le gustaba darse importancia sin medir las consecuencias de sus mentiras, le dijo:

—Mi hija es tan hábil y sabe hilar tan bien, que convierte la hierba seca en oro.

—Eso es admirable, es un arte que me agrada —dijo el rey—. Si realmente tu hija puede hacer lo que dices, llévala mañana a palacio y la pondremos a prueba.

Y en cuanto llegó la muchacha ante la presencia del rey, éste la condujo a una habitación que estaba llena de hierba seca, le entregó una rueca y un carrete y le dijo:

—Ahora ponte a trabajar y si mañana temprano toda esta hierba seca no ha sido convertida en oro, morirás.

Y dichas estas palabras, cerró él mismo la puerta y la dejó sola.

Allí quedó sentada la pobre hija del molinero y aunque se le iba en ello la vida, no se le ocurría cómo hilar la hierba seca para convertirla en oro. Cuanto más tiempo pasaba, más miedo tenía y por fin no pudo más y se echó a llorar.

De repente, se abrió la puerta y entró un hombrecito.

—¡Buenas tardes, señorita molinera! —le dijo—. ¿Por qué está llorando?

—¡Ay de mí! —respondió la muchacha—. Tengo que hilar toda esta hierba seca de modo que se convierta en oro y no sé cómo hacerlo.

—¿Qué me darás —dijo el hombrecito— si lo hago por ti?

—Mi collar —dijo la muchacha.

El hombrecito tomó el collar, se sentó frente a la rueca y... ¡zas, zas, zas!, dio varias vueltas a la rueda y se llenó el carrete. Enseguida tomó otro y... ¡zas, zas, zas! con varias vueltas estuvo el segundo lleno. Y así continuó sin parar hasta la mañana, en que toda la hierba seca quedó hilada y todos los carreteles llenos de oro.

Al amanecer se presentó el rey. Y cuando vio todo aquel oro sintió un gran asombro y se alegró muchísimo: pero su corazón rebotó de codicia. Hizo que llevaran a la hija del molinero a una habitación mucho mayor que la primera y también atestada de hierba

seca y le ordenó que la hilase en una noche si en algo estimaba su vida. La muchacha no sabía cómo arreglárselas, y ya se había echado a llorar, cuando se abrió la puerta y apareció el hombrecito.

—¿Qué me darás —preguntó— si te convierto la hierba seca en oro?

—Mi sortija —contestó la muchacha.

El hombrecito tomó la sortija, volvió a sentarse a la rueca y al llegar la madrugada, toda la hierba seca estaba convertida en reluciente oro.

Se alegró el rey a más no poder cuando lo vio, pero aún no tenía bastante; y mandó que llevasen a la hija del molinero a una habitación mucho mayor que las anteriores y también atestada de hierba seca.

—Hilarás todo esto durante la noche —le dijo— y si logras hacerlo, serás mi esposa. Tan pronto quedó sola, apareció el hombrecito por tercera vez y le dijo:

—¿Qué me darás si nuevamente esta noche te convierto la hierba seca en oro?

—No me queda nada para darte —contestó la muchacha.

—Prométeme entonces —dijo el hombrecito— que si llegas a ser reina, me entregarás tu primer hijo.

La muchacha dudó un momento. « ¿Quién sabe si llegaré a tener un hijo algún día, y esta noche debo hilar este heno seco? » se dijo. Y no sabiendo cómo salir del paso, prometió al hombrecito lo que quería y éste convirtió una vez más la hierba seca en oro.

Cuando el rey llegó por la mañana y lo encontró todo tal como lo había deseado, se casó enseguida con la muchacha y así fue como se convirtió en reina la linda hija del molinero.

Un año más tarde le nació un hermoso niño, sin que se hubiera acordado más del hombrecito. Pero de repente, lo vio entrar en su cámara:

—Vine a buscar lo que me prometiste —dijo.

La reina se quedó horrorizada y le ofreció cuantas riquezas había en el reino con tal de que le dejara al niño. Pero el hombrecito dijo:

—No. Una criatura viviente es más preciosa para mí que los mayores tesoros de este mundo.

Comenzó entonces la reina a llorar, a rogarle y a lamentarse de tal modo que el hombrecito se compadeció de ella.

—Te daré tres días de plazo —le dijo—. Si en ese tiempo consigues adivinar mi nombre te quedarás con el niño.

La reina se pasó la noche tratando de recordar todos los nombres que oyera en su vida y como le parecieron pocos envió un mensajero a recoger, de un extremo a otro del país, los demás nombres que hubiese. Cuando el hombrecito llegó al día siguiente, empezó por Gaspar, Melchor y Baltasar, y fue luego recitando uno tras otro los nombres que sabía; pero el hombrecito repetía invariablemente:

—¡No! Así no me llamo yo.

Al segundo día la reina mandó averiguar los nombres de las personas que vivían en los alrededores del palacio y repitió al hombrecito los más curiosos y poco comunes.

—¿Te llamarás Arbilino, o Patizueco, o quizá Trinoboba? Pero él contestaba invariablemente:

—¡No! Así no me llamo yo.

Al tercer día regresó el mensajero de la reina y le dijo:

—No he podido encontrar un sólo nombre nuevo; pero al subir a una altísima montaña, más allá de lo más profundo del bosque, allá donde el zorro y la liebre se dan las buenas noches, vi una casita diminuta. Delante de la puerta ardía una hoguera y alrededor de ella un hombrecito ridículo brincaba sobre una sola pierna y cantaba:

Hoy tomo vino y mañana cerveza, después al niño sin falta traerán.

Nunca, se rompan o no la cabeza,
el nombre Rumpelstilskin adivinarán.

¡Imagínense lo contenta que se puso la reina cuando oyó este nombre! Poco después entró el hombrecito y dijo:

—Y bien, señora reina, ¿cómo me llamo yo?

—¿Te llamarás Conrado? —empezó ella.

—¡No! Así no me llamo yo.

—¿Y Enrique?

—¡No! ¡Así no me llamo yo! —replicó el hombrecito con expresión triunfante. Sonrió la reina y le dijo:

—Pues... ¿quizás te llamas...Rumpelstilskin?

—¡Te lo dijo una bruja! ¡Te lo dijo una bruja! —gritó el hombrecito y furioso dio en el suelo una patada tan fuerte, que se hundió hasta la cintura.

Luego, sujetándose al otro pie con ambas manos, tiró y tiró hasta que pudo salir; y entonces, sin dejar de protestar, se marchó corriendo y saltando sobre una sola pierna, mientras en palacio todos se reían de él por haber pasado en vano tantos trabajos.